



La
DECISIÓN
DE *Julie*

CARLOTA MANZANO

La decisión de Julie
Carlota Manzano

Título: La decisión Julie
Autor: Carlota Manzano
Primera edición: Diciembre, 2019

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Cinco meses habían pasado desde que decidí irme con mis padres. Cinco meses desde que mi vida se vino abajo y tuve que aprender a canalizar todo lo que me había sucedido.

Brian intentó de mil formas contactar conmigo, pero Pol le paró los pies ya que no quería perderme como asesora y menos aún que me acosara.

Frank venía a verme a casa de mis padres de vez en cuando. Jamás intentó presionarme para que volviera con él, ni menos aún me echó nada en cara. A veces quedaba con él para comer, tomar un café y poco más. No tenía el cuerpo para gaitas.

Mis padres, por supuesto, también le estaban muy agradecidos y en ocasiones le decían que pasara por nuestra casa. Vencido el corte inicial por todo lo sucedido, Frank volvía a gozar del afecto de los que habían sido sus suegros y nuestra casa fue objeto de algunas visitas por su parte.

Conforme pasaban los meses yo me iba encontrando mucho mejor. Un buen día decidí comunicarles a mis padres la decisión que acaba de tomar.

Había pensado que ya era hora de volver a mi dúplex, de comenzar mi vida en solitario, de despegarme de esa maravillosa pareja que se había volcado día tras día en hacer que mi vida no fuera tan gris.

—Mamá, papá, he decidido que mañana vuelvo a casa—los miré con una sonrisa.

—¿Estás segura, hija? —el gesto de mi madre denotaba preocupación.

—Ya es mayorcita, cariño. Si ella dice que lo ha decidido es porque se encuentra capacitada —mi padre tan juicioso como siempre.

—Pero sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras—insistió mi madre. No se te ocurra pensar que para nosotros tu estancia supone ninguna molestia. De hecho, es...

—Un regalo del cielo—coreamos mi padre y yo al unísono, dado las muchas veces que la habíamos oído comentar esa frase en aquellos meses.

—Muy gracias ambos—se hizo la ofendida—Vamos que debo ser un disco rayado—para comerlos a los dos...

—Te lo decimos con todo el cariño, mami—ya sabía ella de sobra que era así—Es solo que ha llegado el momento. Tenía que llegar. No obstante, no tengo palabras para agradecerlos a los dos lo mimada que me he sentido estos meses.

—No tienes que agradecer absolutamente nada hija. Y sí tenía que llegar—finiquitó mi padre—Aunque no me apetece que te vayas, es la señal que estaba esperando. Es el mejor indicio de que vuelves a estar preparada para volar por ti misma, Julie. Vuela alto, hija mía.

Esa tarde aproveché para salir con mi madre de compras. Hacía meses que tenía un poco abandonado el que considero que es uno de mis mayores hobbies. Lo pasamos sensacional.

Nos dejamos caer por *Abercrombie&Fitch*, en la 5ª Avenida y hasta hicimos un poco las dos el payasete en los probadores. Me quedé prendada de varios básicos de temporada y salí de allí cargada de bolsas.

También nos dimos una vuelta por el Manhattan Mall, un centro comercial de estilo europeo que siempre ha sido de mis preferidos y terminamos dándome un caprichito de lujo en *Bloomingdale's*.

Mi madre estaba encantada de verme más risueña y animada e incluso quiso que entráramos en el *Dylan's Candy Bar*, en el *Upper East Side* de New York.

—Tengas la edad que tengas, tu mirada es la de una niña cuando entras en este lugar—íbamos cogidas del brazo.

—Es verdad, mami, siempre he dicho que esto es como entrar en la fábrica de chocolate de *Willy Wonka*.

En la tienda más dulce de la Gran Manzana y, con mi madre al lado, me volví a sentir como una niña. Mentalmente se me representó como el colofón dulce a aquellos meses en los que percibí tantos cuidados por parte de ellos.

—Ponte ahí—indicó para hacerme una foto ante una montaña de dulces de todas las formas y

sabores.

Hice ver como que levantaba la pierna y me caía sobre aquella montaña y la foto quedó muy simpática y colorida.

—Me encanta hija—sonrió al verla—Deberías ponerla en tu perfil de WhatsApp.

—Tienes razón—la fui poniendo sobre la marcha. Necesitaba una nota de color en mi vida y todo ayudaba.

Al llegar a mi casa, nos reunimos con mi padre, que había pasado la tarde con sus antiguos compañeros de trabajo, que eran a la vez sus amigos.

—Os hago lo que queráis para cenar—era un amor mi padre.

—Lo que quieras marido. Vengo que parece que me ha pasado un tren por encima—la verdad es que no habíamos parado en toda la tarde.

Mi padre nos preparó unos deliciosos sándwiches que decidimos comer de modo informal en la mesa elevadora que teníamos delante del sofá, mientras comenzábamos a ver una película.

Una vez cenamos, me coloqué, como tantas veces había hecho entre ambos, acurrucada. Ni en mil vidas les podría pagar lo mucho que me habían apoyado.

Esa noche dormí por última vez en mi cama de adolescente y al día siguiente sería como la primera vez que me fui de casa. Solo que en esta ocasión ya tenía mucho camino recorrido: me esperaba mi cómodo dúplex y mi trabajo seguía viento en popa.

—¡Buenos días, preciosa! —exclamó mi padre al verme aparecer por la cocina de buena mañana. Mi madre estaba en la ducha.

—Buenos días, papá—le di un fortísimo abrazo.

—Aquí tienes tu café. Justo como a ti te gusta—puso en mis manos aquella deliciosa taza de café humeante.

—Esto es lo que más voy a echar de menos a partir de mañana—bromeé.

—Así que esas tenemos, ¿no? —me buscó la lengua—Ten hija para esto. Bueno, es lo que me queda. Estoy a merced tuya y de tu madre—rió. De siempre le encantaba bromear haciéndose el mártir por el ser el único hombre de la casa.

—Más o menos—le guiñé el ojo.

—Me encanta esa renovada sonrisa tuya, Julie. Ya sé que te lo he dicho muchas veces, pero te lo repito. Estoy muy, pero que muy orgulloso de ti, hija mía.

—Y yo de vosotros papá...

—¿Peloteo cuando no está tu madre presente? —dijo ella al cruzar el umbral de la puerta de la cocina.

—Y aquí tiene mi preciosa esposa también el café a su gusto—repitió mi padre el mismo gesto que conmigo.

Allí sentada con ellos y, echando una última visual antes de irme, pensé que, si algún día formaba una familia, quería que fuera lo más parecida posible a la nuestra. Mis padres eran dignos de admiración por sus valores y yo sí que estaba orgullosa de ellos.

Me despedí de ambos en la puerta de su casa. Prometí que iría con frecuencia y que les mantendría informados de cualquier cosa que debieran saber. Ya se acabaron los secretos, ya me había liberado de todo y una gran parte de mis miedos y de mis fantasmas del pasado habían desaparecido.

Llegué directa al aparcamiento del edificio y metí las maletas en el ascensor. Subí sin vacilar con los nervios a flor de piel. En el fondo me apetecía mucho volver a mi casa, al lugar que pagaba a base del esfuerzo de mi trabajo.

Mi dúplex estaba como siempre, además una chica que limpiaba en casa de mis padres estuvo viniendo a la mía dos veces al mes para limpiarla y airearla.

Coloqué cuanto portaba y me fui a la cocina a prepararme una ensalada. Había pasado por el

super para abastecerme de lo preciso para unos días.

Estaba en paz conmigo mismo o al menos tenía esa sensación. Creía haber acumulado fuerzas para comenzar mi vida en solitario y sentía ganas de retomar la situación y reconducir mi vida sin necesidad de ningún hombre.

Por primera vez mi sensación era contradictoria. Agradecía mucho la actitud de Frank, pero no me sentía en deuda con él. En definitiva, representaba toda una liberación.

Tras comer la ensalada y unos bocados de atún que me había dado mi madre en un recipiente, bajé a ver a Judith. No la había visto en todo ese tiempo, pero sí que nos habíamos mandado algún que otro mensaje.

Al verme puso las manos en la cara y se vino hacia mí emocionada.

— ¿Volviste? — preguntó dando brincos.

— Sí — sonreí y nos abrazamos.

— ¿Cómo estás?

— Bien, la verdad que muy tranquila. Fue duro, pero conseguí salir de ese bucle en el que me había metido.

— Frank al final demostró ser todo un señor.

— Así es, la verdad es que le tengo mucho cariño y ahora mantenemos una amistad muy bonita.

Judith estaba al tanto de lo sucedido, no muy en profundidad de los hechos de su día, pero sí por encima.

— Y Brian un jeta...

— Bueno, un estafador emocional, pero bueno, me la metió doblada y yo me lo creí como una gilipollas.

— Pero ya sonríes y eso es mucho.

— Sí, ya asumí lo sucedido. Me perdoné mi metedura de pata. Me costó mucho hacerlo, pero bueno.

— Y ¿olvidaste a Brian?

— No, la verdad es que no, pero estaba enamorada de una persona que no era la que pensaba, aunque eche mucho de menos sus abrazos, sus miradas, sé que todo era una gran mentira. Duele, pero eso me hace no mirar hacia atrás.

— Eres muy valiente — me abrazó.

— Bueno nos debemos un café. Solo bajé a saludarte, que sepas que en estos días me tienes que hacer unas mechas — le hice un guiño.

— Por supuesto, las mejores de toda Manhattan.

Subí para mi casa y pasé la tarde en el sofá. Al día siguiente quería salir a pasear, ya los días estaban preciosos. El calendario marcaba finales de mayo y el buen tiempo invitaba a empezar a vivir un poco más la ciudad.

Esa noche me estuve mensajando con Frank. Me preguntaba qué tal la vuelta a mi casa. Le iba explicando un poco las sensaciones y la verdad que me animaba mucho. Me daba muy buena vibra.

Me quedé dormida rápido, era increíble la paz mental que tenía por fin, meses atrás era dar vueltas y vueltas al coco antes de conseguir conciliar el sueño.

Capítulo 2

Café en mano en el despacho, revisé emails, preparé algunos balances de empresas y directa a perderme por las calles.

Procuré ventilar el trabajo prontito porque estaba deseando arreglarme y salir a la calle. Habría recobrado las ganas de arreglarme.

Bajé y me di una ducha relajante. Me puse unos tejanos amarillos que me había comprado el día que salí con mi madre. Los combiné con una camiseta azul de pico cuyas mangas se remataban con encajes. Llevaba calzado cómodo para pasear y una pequeña mochila a modo de complemento.

Me miré en el espejo. Me repetí que estaba monísima y ensayé esa sonrisa que cada vez me salía con mayor naturalidad. Volvía a tener ganas de todo, poco a poco. Había sido un proceso gradual pero fructífero.

Me encantaba la primavera, el sol, la vida que todo eso ofrecía. Me fui directa a ver a una amiga que había vuelto a la ciudad. Trabajaba en República Dominicana en un hotel de directora, de septiembre a abril sin parar. Después, desde principios de mayo a últimos de agosto estaba libre, así que la tenía cerquita de nuevo.

— ¡Katy! — exclamé emocionada al verla esperándome en la puerta de un bar.

— Julie — me abrazaba con fuerzas.

— Estás preciosa.

— No más que tú.

— Me tienes que poner al día de todo. Me dejaste en shock con lo de Frank, pensé que seríais una de esas parejas para toda la vida.

— Y yo — sonreí — pero no, quedó todo en una bonita amistad. En cualquier caso, estoy bien.

— Me alegro mucho.

— Y tú, ¿qué tal?

— Pues yo estoy en un momento de relax total. Mi trabajo, ahora mis vacaciones y algún que otro revolcón en la isla, pero sin nada serio a la vista — nos reímos.

— Haces bien.

Nos pusimos un poco al día de todo. Comimos juntas y luego nos fuimos a pasear. Katy era muy graciosa, tenía cada cosa que era para tirarse al suelo.

—No quiero ni imaginar las que tienes tú que liar allí...

—Bueno, en mi trabajo tengo que aparentar total seriedad, pero en mi vida privada, sí, la he liado parda a veces. Es que aquello es el paraíso y además la gente es maravillosa.

—Debe serlo...

—¡Y tanto que sí! Pero ya no te cuento nada más al respecto. Lo próximo es que vengas a verme. Cuando esté allí y puedas pillar vacaciones, no tienes más que darme un toque y te reservo una suite que te vas a quedar sentada de culo.

—Pues no te diría yo que no.

—Es que ni se te ocurra decirlo—rio.

Empezaba a estar mucho mejor y se notaba en todos los detalles. Me ofrecían un plan y me apetecía cazarlo al vuelo.

La primavera en New York me parecía la época más dulce del año. Íbamos caminando por las calles y yo disfrutaba al máximo de esos árboles en flor y de esos parques y terrazas llenos de gente. En ese ambiente, sentía que todos los males del invierno quedaban muy lejos.

En esa época, mi querida ciudad invitaba a hacer un millón de planes. Y se me ocurrió el

siguiente.

—Vamos a tomar algo ahí—señalé al pasar por un *rooftop* que era uno de mis preferidos. Durante años había ido a aquella azotea de ese precioso bar con Frank.

—Has tenido una buena idea, amiga—sonrió Katy—Esto es vida y lo demás son tonterías. Aquí con nuestro coctel y las mejores vistas de New York. Yo diría que es un plan insuperable.

Incluso nos echamos unas buenas risas a costa de una pareja de chicos que estaban sentados cerca de nosotras. Lo cierto es que estaban para mojar pan y que sus miradas no dejaban lugar a la confusión, pero yo todavía no me sentía preparada.

—Tú lo que necesitas es un dominicano ardiente, tontorrón—me repetía una y otra vez.

—Yo no necesito nada, puñetera...

—Bueno, bueno, pero tenemos que vernos estos días, que has estado mucho tiempo ennoviada y ahora te toca hacer planes de chicas...

No le quitaría yo la razón.

En un momento dado me llamó mi madre para saber qué tal estaba pasando el día y cuando le conté que estaba con Katy en aquel sitio, me dijo que le parecía sensacional, y bromeó con el hecho de que al próximo plan de chicas se apuntaba ella.

Cuando acabamos, dimos otro paseo, en busca de escaparates. Llevábamos todo el día en danza y eso era lo que me apetecía, ocupar mi tiempo al máximo.

Fue un día muy bonito en el que disfruté tanto de la compañía de mi amiga como de una ciudad que rezumaba vida, cubierta como estaba por aquel manto de verde y flores e iluminada por un sol que se me antojaba simplemente magnífico.

Nos despedimos por la tarde. Prometimos corrernos una fiesta el fin de semana, salir y disfrutar de la noche, eso que desde mucho tiempo atrás no hacíamos juntas.

—Y te quiero ver megamona y sexy que no sabe una cuándo puede aparecer un planazo—me recordó, riendo mientras se marchaba.

—No te digo yo que sea por esa posibilidad, pero no te preocupes, que ya tengo ganas de que llegue esa noche. Y, por supuesto, iré monísima de la muerte.

Eché a andar pensando ya en el modelito que me pondría para salir con ella.

De camino a mi casa me llamó Frank y me preguntó si me apetecía cenar en un restaurante cerca de mi casa. Acepté, total ya estaba en la calle y la tarde estaba perfecta.

Llegué y ya estaba en la terraza del restaurante.

— Hola, Julie — se levantó rápidamente para abrazarme.

— Hola, Frank — sonreí abrazándolo y nos sentamos.

— ¿Qué tal el día?

— Estuve con Katy, iba camino de casa de pasar el día con ella.

— ¿Y qué tal está?

— Feliz, ya sabes, acaba de venir de República y ahora se tira cuatro meses sabáticos.

— Yo con uno me conformo — reía.

— Bueno, uno entero yo también, pero ya sabes cómo somos, vamos cogiendo días sueltos y a conformarnos.

— Nos debemos a la responsabilidad — levantó la copa de vino blanco que nos habían servido y brindamos.

Habíamos pedido un pescado con verdura. Se trataba de un restaurante de esa especialidad y ponían unos platos espectaculares.

— ¿Qué tal está tú familia?

— Bien, mis sobrinos preguntan que cuándo va a ir la tía Julie — volteó los ojos.

— Tengo que ir a verlos, tienen razón.

— Ya sabes que tienes las puertas abiertas cuando quieras, que te quieren mucho.

— Lo sé, la verdad es que son todos adorables.

— Menos yo — bromeó.

— Tú también — le saqué la lengua.

— Bueno, más bien son los ojos con los que me miras — me hizo un guiño.

— No te mereces que te mire con otros.

— Me alegra que pienses así.

— Por supuesto, sabes que te quiero mucho.

— Lo sé — acarició mi mano y la apretó por encima de la mesa. Un cosquilleo recorrió mi cuerpo, de alguna forma yo había amado mucho a ese hombre y me había regalado muchísimos momentos inolvidables.

— Me has causado un cosquilleo — me sinceré sonriendo.

— ¿En serio? — arqueó la ceja.

— Pues claro, tonto.

Se le escapó una preciosa sonrisa. Volvieron a rellenarnos las copas. Me encontraba de lo más cómoda allí con él, así que cenamos plácidamente y nos bebimos una botella de vino.

— Te noto resplandeciente—no dejaba de mirarme.

— Me encuentro fenomenal y pasar el día con Katy también ha sido como un balón de oxígeno. Es de esas personas que te animan o te animan—reí.

—Me encanta verte rodeada de buenos amigos.

—Sí. Tengo suerte. Dicen que los amigos son la familia que elegimos, ¿no?

—Así es...

—Pues entonces yo tengo una maravillosa familia de sangre y otra postiza. Y hablando de amigos, el otro día me llamó Tom. Con todo lo que nos pasó al final no he llegado a conocer a su chica.

—¿Les va bien?

—Sí, sí. Está felicísimo. Creo que cazado y bien cazado—sonreí.

—Me alegro mucho por él. De todos modos, si quieres que un día quedemos los dos con ellos, estaría encantado.

Tenía que reconocer que Frank se estaba portando de lujo e incluso en esta nueva temporada como amigos lo sentía muy cercano.

—Puede ser, quizás se lo sugiera un día de estos...

—Perfecto. Oye, ¿y tu trabajo? Todo marcha a la perfección, ¿verdad?

—Todo genial. De hecho, ha sido mi gran válvula de escape durante todos estos meses. No sé lo que hubiera hecho sin mis clientes—reí.

—Pues igual escaparte con Katy a República Dominicana...

—Pues igual sí—le comenté que justamente ella me había invitado a ir esa tarde, aunque obvié las bromillas sexuales que no me parecían nada apropiadas.

—Mírate. Te veo y me enorgullezco. Te has convertido en una mujer fuerte e independiente que irradia seguridad—sus ojos brillaban al mirarme.

—No me quejo. Me siento bien y dicen que la cara es el reflejo del alma—solté con total convencimiento.

—Sí, pero no es solo cuestión de tu aspecto, que es inmejorable, por cierto. Es todo lo que desprendes, como si estrenaras aura. Eres una gran mujer, pequeña—acarició mi mano.

Miré sus ojos y lo noté achispado. La botella de vino que nos habíamos metido entre pecho y espalda estaba comenzando a hacer mella en él.

Estábamos cerca de mi dúplex. Le dije que no debería conducir aún y lo invité a quedarse en casa, había otro dormitorio.

Subimos y me pidió permiso para abrir una botella de las que allí había.

— Por supuesto, mañana nos querremos morir al tener que trabajar, pero qué más da — me encogí de hombros.

Estábamos en la cocina y nos quedamos de pie. Me encendí un cigarro y me dirigió una mirada bromista de desacuerdo.

— Solo uno — volteé los ojos.

— El tabaco es malo.

— Hay tantas cosas que lo son, que mejor ni pensarlo.

— Dos caladas y te lo apago — hizo un ronroneo y se acercó a mí con la copa en mano y a modo seguridad.

— Ah no, no me lo vas a quitar — reí nerviosa al tenerlo tan cerca.

— ¿Segura? — se acercó más quedando más cerca de mi cuerpo.

— Segurísima — me ruboricé.

Di una calada y le eché bromeando el humo a su cara.

— Esto lo vas a pagar — agarró mi cintura y puso su mejilla para que le diera un beso.

Se lo di y se giró de sorpresa. Nos lo dimos en los labios.

— Me has engañado — negué riendo con las mejillas colorados como tomates.

— Bueno, siempre te puedo volver a engañar si me lo pones tan fácil — quitó el cigarro de mi mano y lo apagó en el cenicero.

— Nooo — reí.

Me agarró por la cintura, me miró, me pegó a él y nos comenzamos a besar de forma apasionada, pero con tranquilidad, sonrientes. Me cogió por la cintura y me sentó sobre la barra de la cocina, se puso entre mis piernas y me miraba entre sonrisas y besos.

Yo acababa de ponerme un vestido de algodón de manga cortas y por las rodillas, suelto, para estar cómoda.

Metió sus manos por mis caderas por debajo de él. Contuve la respiración, me empujó más hacia él dejándome pegada a su miembro.

Me levantó el vestido y lo sacó. Me dejó con la ropa interior ante él.

Mi respiración se aceleró inmediatamente. Hacía tanto que no tenía relaciones que estaba como una moto.

Se deshizo del sujetador, miró mis pechos y soltó el aire, los agarró con fuerza y comenzó a besarme.

Me echó hacia atrás y puso mis piernas hacia arriba apoyadas al borde después de sacar mi tanga.

Lo miré sonriente y nerviosa, sus manos tocaban mi cuerpo mientras yo estaba allí tirada, expuesta ante él.

Metió sus dedos en mi interior y me movió un poco. Luego se fue hacia mi clítoris y comenzó a darle ese movimiento que tan excitada me ponía. Me abrí un poco más para dejarle que se recreara cómodamente. Ese gesto no hizo sino aumentar su excitación.

Cogió una butaca y se sentó. Acercó mis caderas más al filo y comenzó a lamer todas mis partes, yo me estaba poniendo a mil por hora y quería llegar a ese orgasmo, estaba de lo más caliente.

Sus dedos volvieron a ese lugar presionando con fuerza y haciendo círculos. Yo me retorcí de placer mientras sus manos me llevaban a ese punto en el que solté todo aquello que tenía dentro.

Me quedé temblando y nada repuesta cuando él se levantó, me volvió a abrir y me penetró agarrando mis caderas para moverse con fuerzas. La excitación volvió de inmediato.

Cuando terminamos fue al aseo y yo me quedé allí sonriente. Me encendí un cigarro y me lo fumé de forma relajada.

¿Qué había hecho? Pensé riendo y negando mientras daba una calada. Esto no era un compromiso ni nada por el estilo, pero no me esperaba por nada del mundo terminar de nuevo de esa forma con Frank.

Entré al baño cuando él salió y me dio un beso. Me aseeé y luego me puse una camiseta con unas bragas. Nos metimos en la cama y nos dormimos entre besos, abrazos y miradas cómplices.

Capítulo 3

Lo sentí levantarse para irse a trabajar, así que me desperté y le preparé un café que nos tomamos con esas miradas y sonrisas, además de algún beso.

Nos despedimos sin decir nada, mirándonos fijamente, sonrientes y con un beso en los labios. Luego desapareció en el ascensor. Hay miradas que lo dicen todo.

Me subí a trabajar y con mi segundo café del día. Miré por la cristalera y sonreí. No sabía cómo había sido capaz de hacer eso con Frank, pero era tal la libertad que sentía y la complicidad que no pensaba que la hubiera liado.

Recibí una llamada de una compañera asesora que se jubilaba. Curiosamente, se había hecho coach y su vida profesional iba a ir por otros derroteros a partir de esos momentos.

—Mía, no puedo creerlo. Lo último que hubiera pensado de ti cuando nos conocimos en el máster de asesoría—me dejó helada su cambio de rumbo.

—Pues para que veas, a ti es que te apasiona ese mundillo de la asesoría, pero a mí realmente nunca me ha llenado.

—Sí que es verdad. A mí me apasiona.

—No hace falta que lo jures. Estás cogiendo muy buena fama entre los compañeros. Por eso te he llamado.

—Dime exactamente en qué puedo ayudarte.

—Solo quería saber si te interesaba quedarte con mi cartera de clientes.

—Imposible. Te lo agradezco infinitamente, pero no doy más.

—¿Y no has pensado en la posibilidad de contratar a alguien que te ayude y ampliar el negocio?

—Pues la verdad es que no. Ha llegado un momento en el que tengo mis necesidades cubiertas, puedo darme mis caprichos y además no estoy demasiado agobiada. Valoro mucho mi tiempo libre y no quiero complicarme la vida.

—Entiendo. Yo tampoco le encuentro la utilidad a ganar el doble y no tener tiempo ni para rascarse, como hacen algunos—rio.

—Así es.

—En todo caso, te diría que te quedaras con la principal empresa que llevo. Es grande pero sus operaciones no generan ninguna complicación adicional, pagan fenomenal y no dan ningún tipo de problema.

—Hombre eso sí suena tentador...

—Pues hecho: adjudicada.

Sin duda estaba en racha, acababa de caerme del cielo una bicoca profesional y eso, desde luego, no ocurría todos los días.

Después de aceptar su oferta, estuve un rato más hablando con mi compañera respecto a su nueva profesión de coach y le expliqué un poco por encima la situación que había vivido en los últimos meses. Me dijo que, a su entender, la había gestionado muy bien.

Me quedé muy bien al colgar el teléfono. Había sido una de esas llamadas que suman.

Trabajé toda la mañana y luego me fui a pasear un rato. Me tomé un refresco en una cervecería y me escribí con Katy. Quedamos en vernos el viernes por la noche.

Ella: “Recuerda que te quiero con tu mejor sonrisa y monísima, para partir pescuezos a tu paso, vaya...”

Yo: “No te preocupes, pero con lo de partir pescuezos te has colado”.

Ella: “Corta es lo que me he quedado. Vamos a pasar una noche de las que hacen historia”.

Yo: “Tampoco te pases no sea que lleguemos a casa a cuatro patas”.

Ella: “¿Y puede saberse qué te lo impide?”

Yo: “También es verdad”.

La suave temperatura invitaba a estar en la calle. Seguí con mi móvil en la mano, investigando sobre los posibles festivales y conciertos de primavera a los que podría acudir. Tenía ganas de seguir llenando mi agenda con actividades.

Recibí un mensaje de Frank.

“Buenas tardes, estaba pensando si te apetecería mañana venir a una fiesta de los hermanos *Fitzs*. Se trata de la que celebran todos los años y nunca voy jajaja ¿Nos animamos?”

Esa fiesta era una de las más llamativas de New York en primavera. Siempre la hacían en mayo, nunca íbamos, pero me apetecía salir, así que no lo dudé y acepté, quedó en recogerme al día siguiente. De repente tenía planes para jueves y viernes, parecía que comenzaba mi vida social.

¡Compras, compras! —fue lo primero que se me vino a la cabeza. No había duda de que me gustaba más un trapito que a un tonto un globo.

Me fui andando a un centro comercial y me puse a comprar ropa de cara al verano. Me seguía apeteciendo renovar un poco mi armario, además disfrutaba de pequeñas cosas, pero mucho más a lo grande.

Fui a una tienda muy conocida de moda de vestidos de fiesta y sentí amor a primera vista con uno de encaje de mangas muy cortas y un escote redondo que hacía el pecho precioso, ceñido hasta las rodillas. Con unos tacones en negro iba a estar preciosa.

Salí de allí con el vestido para el día siguiente y un mensaje de Judith diciendo que tenía un hueco para hacerme las mechas, fue lo que hizo que el día me saliera redondo.

Comí un sándwich en la peluquería. Estuve cuatro horas, pero me mostré encantada con el

brillo que había tomado el pelo y el color tan bonito que me había quedado.

Disfruté mucho de aquel rato en la peluquería. Desde luego que allí, entre que te ponías divina y te empapabas de todos los cotilleos, te divertías de lo lindo.

Había una chica que nos estaba contando partida de risa que se había echado un novio japonés y que el mes anterior había viajado con él a conocer a su familia.

—Pues sí, la verdad es que los dejé alucinaditos a todos, con los formales que son—reía, se veía que era una persona divertidísima.

—Pero ¿qué fue lo que le dijiste exactamente?

—Pues nada, que sí, que vale que los cerezos en flor eran muy bonitos pero que para eso tampoco tenía que chuparme un viaje hasta Japón, que en abril el Jardín Botánico de Brooklyn ofrece lo mismo.

—Bueno, bueno, te querrían matar...

—Mi novio ya me conoce y está acostumbrado a que sea un caso, pero a los padres sí que los dejé patidifusos.

—Vaya, vaya, ganándote a la suegra—rio Judith.

—Calla, calla, que será muy buena y muy santa, todo lo que tú quieras, pero la principal ventaja que le veo al asunto es que está allí en el quinto pino.

—¿Tú tienes pareja? —me preguntó.

—No—negué con la cabeza.

—Pues una suegra que te ahorras, a tomar vientos—era todo un personaje.

—Cuéntale, cuéntale a mi amiga lo que dices de por qué es estupendo que tu novio sea chino —la empujó Judith.

—Ya te gusta a ti también buscarme la lengua. Bueno pues sí, esa es otra ventaja, que como ya tiene los ojos así, me ahorro saber cuándo está estreñado.

Nos tuvimos que reír porque era una de esas personas que decía un disparate tras otro.

Por la tarde me fui a mi casa con Judith que ya conmigo había terminado por ese día en la peluquería. Cenamos en casa comida asiática y ya aproveché para contarle lo que había pasado con Frank y también lo de la fiesta de los hermanos *Fitzs*.

— Wow, me encanta el vestido, vas a ir guapísima.

— Fue un amor a primera vista — sonreí.

— No es para menos, es una pasada. Este me lo tienes que dejar un día.

— Cuando quieras, sabes que para ti lo que sea — le di un beso en la mejilla.

—Bueno y ahora lo fundamental, ¿cómo fue el momento cama?

—Pues tan inesperado como chulo.

—Te veo otra vez con él. No es por nada, pero siempre habéis hecho muy buena pareja y se está volviendo a hacer un hueco en tu vida por méritos propios.

—Yo solo sé que no me voy a comer el coco. Voy a vivir el momento y a olvidarme de etiquetas ni de nada parecido.

—Di que sí, además estás deslumbrante, no es por nada, pero tienes una pedazo de peluquera. Te ha dejado un color impresionante—bromeó.

—¡Y tanto que sí! La mejor de New York—le di un abrazo.

Le estuve contando también mi encuentro con Katy y el ofrecimiento que me había hecho de ir a su hotel cuando ella estuviera allí.

—¡No serás tan asquerosa de irte sin mí! —exclamó.

—¿No me digas que te apuntas?

—Hombre no, si te parece...

—¡Toma ya! Pues te digo una cosa esa no nos la podemos perder. Es la ocasión ideal...

—¡Ya te digo yo que sí! Y nunca hemos tenido la posibilidad de hacer un viaje juntas. Ese lo hacemos sí o sí.

—Te tomo la palabra—y tanto que se la tomaría.

—¡Ay, Dios que ya me veo con la pulserita allí en pleno paraíso!

—Desde luego bailando bachata y merengue...

—Con unos tíos morenos que no se los salta un galgo. Me estoy poniendo taquicárdica—
volteó los ojos. También era de lo más cómica.

Me encantó hacer un plan en el que dos de mis mejores amigas estuvieran presentes.

Estuvimos charlando hasta cerca de las doce de la noche, hora en la que se fue y quedamos en ir viéndonos.

Me acosté feliz por salir al día siguiente. Todo estaba siendo como un soplo fresco de aire en mi vida, demasiado bonito después de los días y meses grises que había pasado en casa de mis padres llorando de rabia, impotencia y decepción.

Capítulo 4

Día de fiesta...

Estaba deseando estrenar ese vestido que me había comprado el día anterior. Mientras tomaba el café me imaginaba disfrutando en ese evento, tenía ganas de salir, de vivir, de disfrutar.

— Hola, mamá — descolgué la llamada mientras sostenía la taza en la mano.

— Buenos días, hija. ¿Comes hoy con nosotros?

— Vale ¿Qué me vas a hacer?

— Había pensado en preparar un pescado al horno.

— Sí, por favor, me encanta la idea. Además, es ligero. Esta noche asisto a una fiesta muy distinguida con Frank.

— Que bien hija, me alegra que salgas.

— Bueno, últimamente me parece que lo que menos hago es entrar — reí — desde que vine al apartamento estoy todo el día para arriba y para abajo.

— Pues eso me parece genial, no quiero verte encerrada.

— Por supuesto que no. Luego nos vemos, dame un rato que revise unos emails y haga unas cosas y tiro hacia allá.

Dicho y hecho, un poco de trabajo, dos cafés más y me fui para casa de mis padres.

— Papá, te sienta muy bien esa gorra — lo besé.

— Bueno, es un regalo de tu madre y la quise estrenar.

— Mujer de buen gusto — la abracé.

— A ti te compré una camiseta muy bonita, de esas que te gustan.

— Siempre igual — sonreí.

— Si no os compro a vosotros ¿a quién lo voy a hacer?

— También es verdad, mejor a nosotros que a ningún extraño — bromeé.

La camiseta era preciosa, blanca de mangas cortas con escote de pico, de la marca *Guess*, con las letras de dicha firma en doradas. Me gustaba mucho, además me había comprado unas zapatillas blancas con las líneas en doradas. Le iban de perlas, con unos vaqueros o una falda corta quedaría genial.

El pescado salió riquísimo, además mi padre abrió una botella de vino blanco que estaba delicioso, dejaba un sabor exquisito en el paladar.

— ¡Por mi preciosa hija, que cada día está mejor! —brindó.

—Desde luego que sí, estás preciosa mi niña—mi madre estaba encantada de verme tan bien.

—Gracias, mami.

—Y dime hija, ¿cómo es que vas a esa fiesta con Frank?

—No lo sé. Me lo ha pedido y lo he visto bien. ¿Tú no?

—Yo lo veo mejor que bien, Julie. Sabes que él siempre nos ha encantado para ti.

—Ya le salió a tu madre la vena casamentera—rio mi padre.

—No puede hablar una en esta casa—protestó en broma mi madre.

—Tú habla todo lo que quieras, mami.

—Eso tú habla que ella hará lo que le apetezca—me guiñó el ojo mi padre.

De toda la vida, nos habíamos aliado en broma los dos para cargar las tintas un poquillo contra mi madre, que tenía más paciencia con nosotros que Jobs.

—Ya os podéis ir los dos a hacer un poquito de gárgaras...

—Mamá, si yo no he dicho nada—arqueé la ceja.

—Bueno, por si lo estabas pensando—se echó a reír.

—Corramos un tupido velo—bromeó mi padre.

—Pues eso que estaba yo pensando en qué te vas a poner para acudir a esa fiesta tan distinguida—volvió ella sobre el tema. Le podía la curiosidad y era normal.

—Pues un vestido preciosísimo que me he comprado—mi entusiasmo saltaba a la vista.

—Quiero fotos. Ni se te ocurra no mandarme varias...

—Prometido mamá.

No bebí mucho pues no quería quedarme un poco atontada. Esa noche tenía la fiesta y deseaba ir lo más fresca posible.

Después de comer me senté con ellas en el sofá y mi madre sacó unas delicatessen de chocolate que estaban para chuparse los dedos. Era un chocolate exquisito que le había traído una amiga suya que había estado en Suiza.

—Entonces, ¿ya está de vuelta la buena de Emily? —pregunté.

—Sí. Llegó ayer y del tirón se acercó a traerme el regalito, pero no creo que tarde en volver a irse.

—Es normal, estará como loca con su nietecita.

—No lo sabes tú bien. Además, que la niña es un caramelo. Tan rubita y con los ojos claros,

no tiene ni un pelo en la cabeza. Trae cientos de fotos. Ya te digo yo que a mí también se me caería la baba en su lugar.

Eso sí lo tenía mi madre, que no perdía ocasión de dejar caer lo mucho que le gustaría tener un nietecito. Siempre que veía la posibilidad, metía la cuña, aunque fuera con un calzador.

Mi padre y yo nos miramos y nos echamos a reír, sabiendo perfectamente los dos lo que estaba pensando el otro.

—¿Qué he dicho ahora? —preguntaba mi pobre madre. Lo dicho, a ver si una no va a poder abrir el pico en su propia casa...

—Nada, no os ha dicho nada mami—reí a carcajadas viendo que mi padre tenía hasta las lágrimas saltadas de risa.

Eso sí, pensé que la llevaba clara mi madre. Tenía yo un panorama por delante como para pensar en niños...

Me despedí de mis padres a eso de las cinco de la tarde, hora en la que regresé al dúplex para darme una buena ducha y prepararme de forma relajada, sin prisas.

Elegí como otras tantas veces una selección de baladas de Bon Jovi, de esas que tanto me gustaban y me metí bajo el agua más a gusto que un arbusto.

Cuando se iba acercando el momento me puse el vestido, me maquillé y me encantó el resultado. Por último, unas gotas de mi perfume predilecto.

No tardó en mandarme un mensaje Frank diciendo que estaba llegando, así que bajé y salí hacia la calle donde ya estaba con el coche esperándome.

— Wow, estás preciosa — abrió mi puerta para que me montase.

— Eso son los ojos con los que me miras.

— Los que tengo — me hizo un guiño y cerró la puerta.

Salimos hacia la fiesta. Estaba guapísimo Frank, además que se le notaba feliz y sonriente.

Por el camino no paraba de mirarme. Yo me sentía fuerte, segura, poderosa. Aparte, iba muy guapa y notaba que le atraía más por momentos.

—Mira hacia delante que nos la vamos a dar—bromeé.

—No te preocupes que controlo. Otra cosa es que no pueda evitar que se vayan los ojos hacia ti. Cada vez estás más guapa, siempre has sido preciosa, pero es que ahora, se trata de otra cosa... no tengo palabras.

Aparcamos el coche y ya se veían los jardines con las antorchas. Todo de blanco, los camareros con las bandejas de entrantes y bebidas, puro glamur y parafernalia que conformaban una noche exclusiva y única.

Saludamos a muchos compañeros y amigos de Frank, la verdad que elegancia había a reventar por todos lados.

Tomamos un vino que debía costar un riñón y parte del otro. Aquello era un deleite para los sentidos, además de unos entrantes que estaban cuidados al máximo en detalles y sabor.

Me puse a charlar con Frank, apoyados ambos sobre una mesa pequeña y alta de las tantas que había por todo el jardín.

Estábamos hablando de mil cosas y le conté la llamada que me había hecho Mia, mi compañera asesora, y que al final me quedaría con la principal empresa a la que ella le llevaba la gestión.

—Estás en racha, bonita. Y esas oportunidades no son fruto de la casualidad. Llevas años luchando y ahora empiezas a recoger. Cuando tus compañeros comienzan a contar a tope contigo es porque todo apunta a que eres buena.

—Gracias, viniendo de ti es gran un cumplido. Tú sí que eres un profesional, admirado en todo New York.

—No exageres, no es para tanto...

Hasta eso me hacía sentir bien de Frank en aquel momento. Había cambiado en el sentido de que antes era más egocéntrico y engreído. Ahora se mostraba de lo más humilde y eso me volvía loca en un hombre.

No me lo podía creer. En ese momento llegó Brian con otro chico. Nuestras miradas se cruzaron y pude observar cómo se le desencajó la cara al verme con Frank.

— Vaya, no podía llevarme peor sorpresa — dijo Frank por lo bajo.

— Pues anda que yo...

Vi cómo Brian andaba mientras me miraba y negaba con la cabeza, incrédulo ante el hecho de verme con Frank. Se le veía con dolor, rabia, pero bueno, no iba a ser alguien así el que fuera a darnos ejemplo de nada.

Frank me agarró por la cintura y me pegó a él.

— Ni él, ni nadie tiene derecho a mirarte así — me besó y le devolví el beso.

En el fondo el haber visto a Brian había inundado mi cabeza de recuerdos. Me vinieron de golpe momentos que pasé con él cuando lo creía, fue un azote para mi mente y para mi corazón ese encuentro.

Frank estuvo muy acaparador, juguetón, con miradas, caricias, muestras de cariño. En el fondo lo entendía, yo lo había traicionado con un ser muy despreciable.

No tenía nada serio con Frank, eso era obvio, pero donde hubo fuego siempre queda rescoldo y aunque ya no sentía que le debía nada, también me gustaba dejarme llevar. Eso sí, en ese momento estaba más incómoda que otra cosa.

Yo me puse de espaldas a Brian. Me violentaba tenerlo a la vista, aunque estaba lejos, en una mesa al otro lado, pero me estaba mirando tan descarado que decidí no tenerlo de frente. En cuanto a Frank también con disimulo me colocó para que así fuera, que no lo tuviera que ver.

No estaba nada cómoda, pero intenté por todos los medios disfrutar de la velada, además de la

música que era muy buena compañera. Me metí de lleno en las conversaciones que tenía con Frank de muchas de las personas que había en ese cuidado lugar.

Un compañero suyo se acercó y lo felicitó por uno de sus últimos triunfos en un juicio sonado.

—Estuviste sublime, Frank.

—No fue para tanto, hombre...

—¿En serio lo dices? Le diste fuerte y flojo al abogado contrario. Te digo yo que todavía debe estar llorando en una esquina.

—No hice nada que no hubiera hecho cualquier otro compañero, pero gracias—sonrió mientras su amigo se alejaba.

Frank volvía a demostrar que ya no estaba ni un ápice de endiosado, pero a esas alturas de la noche, tras aquel encuentro inesperado e inoportuno ya casi que ni escuchaba sus palabras.

El vino era un buen aliado para achispas mi cabeza que estaba como una bomba atómica con lo que estaba sucediendo.

— Y dime — me agarraba por la cintura — ¿Qué plan tienes para el verano?

— Pues ninguno, para empezar, mañana por la noche salgo con Katy — sonreí.

— ¿Ningún viaje?

— No, pero no lo descarto. No quise hablarle del tema que me había propuesto Katy porque eso como mínimo era para después del verano y todavía quedaba mucha tela por cortar hasta entonces.

— ¿Dónde te apetecería ir?

— Pues no sé, pero sí me gustaría ir a algún sitio, descubrir algo como Egipto, Escocia, Europa...

— Japón, yo tengo ganas de ir a Japón.

— Tampoco lo descartaría ¿me vas a invitar? — le saqué la lengua bromeando.

— Solo me tienes que decir las fechas y del resto me encargo yo — me hizo un guiño.

— Uy, suena a invitación.

— Claro ¿lo dudabas?

— No sé — carraspeé en plan coqueta.

— Pues solo tienes que pedir por esa boca — me besó.

En ese momento me acordé de la chica de la peluquería y del novio japonés estreñado y me hizo gracia la coincidencia. El mundo es como un pañuelo.

Durante el resto de la noche ni me atreví a mirar hacia donde estaba Brian, aunque no quisiera reconocerlo me removía todo, yo lo había amado de verdad, no lo había olvidado totalmente. Cierto que me quisiera convencer de ello, pero realmente quedé muy tocada ya que lo llegué a ver como el hombre de mi vida, como la persona con la que hasta podría crear mi propia familia ¡Ilusa de mí!

Charlamos con muchas personas que me presentó Frank y nos fuimos de allí a altas horas de la noche, cómo no, para mi casa.

—¿Te lo has pasado bien, preciosa? —estaba muy pendiente de que yo me sintiera cómoda en todo momento.

—Sí—en mi voz se notaba un deje contradictorio.

—Bueno, perdona, quiero decir salvando el hecho de ese encuentro indeseado...

—Te he entendido. Si no hubiera sido por eso, todo perfecto.

—Me alegra y yo no podría haber estado mejor acompañado. Me deben odiar todos los

asistentes masculinos...

—Serás zalamero y exagerado...

Llegamos al dúplex y volvimos a repetir la jugada, a volver a hacerlo. Frank estaba en ese término diferente, todo un juguetón que conseguía hacerme excitar de una manera brutal, pero no como Brian. Por odioso que pareciera Brian era Brian, un mentiroso y dañino pero que follaba como los dioses.

Tras ese acto de fogosidad caímos rendidos. La noche había sido de lo más larga...

Capítulo 5

Se escuchaba desde la cama en la cocina a Frank, así que fui hasta él y rogué por mi café entre besos que me regalaba de buenos días.

— Así que esta noche sales con Katy — sonreía mientras me daba el café.

— Voy a ver si me acuerdo de ligar — bromeé sacándole la lengua.

— Pero no me digas eso así — reía negando — podrías tener un poco más de tacto — seguía riendo.

— Tranquilo, los esquivaré a todos. Después de la última cagada, no me caza ni Dios.

— Eso me gusta — me señaló con el dedo.

— De todas formas, antes de hacer algo voy a que investigues su ficha delictiva — bromeé.

— Eso, me pones al tanto que ya te digo yo — se acercó sonriente y me besó.

Estuvimos desayunando entre bromas y se fue. Quedamos en ir hablando y estar en contacto. Se notaba que no me quería agobiar con nada, que no quería hacerme sentir que tenía ningún compromiso con él.

Comencé la mañana trabajando con ahínco. Incluso llamé a la nueva empresa que me había indicado Mia y cerré el trato con ellos. Ella me había señalado que negociara mis honorarios al alza y eso hice. Era gente con mucha pasta y no regatearon absolutamente nada.

A renglón seguido la llamé.

—Hola, Mia. Te llamo para decirte que todo bien y que ya el trato está cerrado. Te agradezco mucho nuevamente que te acordaras de mí.

—Nada que agradecer, si lo piensas bien, a mí también me has quitado un buen marrón de encima. No quería irme y dejarlos sin sustituta.

—Pues todo perfecto entonces. Lo único que me gustaría tomar contigo un café en estos días para que me dieras instrucciones de los pormenores de la empresa.

—Claro, por supuesto que la documentación te la envío toda por mail, bonita, pero sí nos tomamos ese café, te pongo al día y con eso nos vemos las caras. Nos debemos una charlita por los buenos tiempos.

Me dispuse a trabajar varias horas más. Aunque no era un mes para tirar cohetes, lo cierto es que yo era muy meticulosa y me gustaba dejar todo atado y bien atado cada día.

Sonó el teléfono y era mi padre.

—Julie, cariño, ¿Te pillo en mal momento?

—Para ti tengo siempre todo el tiempo del mundo, papi. Cuéntame.

—Se avecina el aniversario de boda con tu madre y ya me está pasando lo de todos los años.

—Vale, estás más liado que la pata de un romano y no tienes ni idea de qué regalarle a mamá, ¿no es eso?

—Yo no lo habría resumido mejor. Siempre tuviste mucha capacidad para ir al grano—rio.

—¿Puedes escaquearte del almuerzo con mamá hoy?

—Sí, puedo decirle que me ha llamado alguno de mis compañeros de trabajo para almorzar.

—Pues entonces hazlo y te espero en el *Time Warner Center* a las dos en punto.

—Hecho, hija. Un año más que me salvas. No sé qué haría sin ti en estas ocasiones.

—No es nada papá y para mí es un placer. Además, así paso también unas horas contigo.

Cuando terminé de trabajar me di una relajante ducha. Salí del cuarto de baño canturreando. Escogí un vestido de línea *evasé*, muy cómodo y primaveral. Con el fondo en verde, estaba salpicado de unas alegres margaritas. Lo combiné con unas bailarinas y bolso amarillos. El

conjunto era de dulce.

Conforme llegaba al punto en el que habíamos quedado, divisé de lejos a mi padre.

—Hola, papi. Te estaba viendo y reía recordando que debes ser la persona más puntual del mundo. Creo que no has debido llegar tarde jamás en tu vida a ningún sitio.

—No que yo recuerde—sonrió y me dio un cariñoso beso.

Fuimos a tiro hecho. Íbamos a almorzar juntos, pero yo sabía que estaba nervioso porque eligiéramos ya el regalo.

—Primero lo buscamos y luego comemos, ¿no?

—¡Qué bien me conoces, hija! —rio—No respiro hasta que tengo todo bajo control.

—Ya lo sé papi, eres un crack.

—No diría yo tanto, más bien un poco maniático—volvió a reír.

—No es para tanto, papi. Aunque reconozco que en mi juventud me enervaba, porque tu afán de control hacía que quisieras hasta casi hacerle una ficha policial a todos los chicos que me acompañaban.

—Es verdad, hija. ¡Qué años aquellos! Incluso al bueno de Tom...

—A Tom se las hiciste pasar canutas—reíamos mientras íbamos entrando en el centro comercial.

—¿Y eso?

—No te hagas el tonto que bien que te acuerdas.

—Quizás de algo, pero no creas—era todo un artista mi padre haciéndose el tonto.

—Sabes muy bien que la primera vez que entró en casa, mientras yo iba por mi abrigo, le

dijiste que serías capaz de hacerle a él todo lo que él me hiciera a mí.

—¿Y?

—Pues que tú te referías a si me hacía daño, pero él, que era tan jovencillo, se acojonó. Es más, tardó varias semanas en darme un beso, pensando en que, si te enterabas, igual querías devolvérselo—reí a carcajadas.

—¡Ay, el bueno de Tom! —le contagié la risa.

Fuimos a tiro hecho a la tienda Swarovski y tal cual llegué, la señalé, no tuve duda.

—Esa pulsera está hecha a la medida de mamá.

—Hija, de veras que tienes un don. Yo podría haberme pasado aquí toda la mañana y no habría dado con el quid de la cuestión.

—Pues ya verás lo prontito que hemos terminado—le dije—mientras me dirigía a la dependienta y le pedía por favor que me la mostrara.

—Sin duda alguna, has acertado—a mi padre le encantó al vérmela en la muñeca.

—Pues asunto concluido. Nos la llevamos.

La pulsera era preciosa, con un baño de rodio y unas piedrecitas azules que no dejaban lugar a dudas. El azul era el color preferido de mi madre y aquel complemento iba a hacer sus delicias.

Luego, ya con la pulsera perfectamente preparada para regalo, me dispuse a ir a almorzar con mi padre.

—Hija mía, creo que no te lo he dicho al verte, pero estás guapa a rabiar.

—Gracias, papá. Estoy tranquila y serena y eso se termina reflejando en la cara.

—Eso y que tus padres te terminamos muy bien—mi padre tenía mucho arte.

—También—le cogí la mano cariñosamente.

Le conté los pormenores de la nueva empresa que me había pasado Mia y con eso estuvimos un buen rato entretenidos. Le encantaba que le hiciera partícipe de mis proyectos empresariales y me daba muy buenos consejos, siempre sin meterse en nada.

—¿Tienes prisa? —preguntó al final del almuerzo.

—No especialmente.

—Pues entonces no nos despedimos sin tomarnos juntos un buen helado.

—Eso está hecho.

La del helado era una afición que siempre compartí con mi padre. De hecho, cuando yo era pequeña, teníamos un ritual con el que disfrutábamos mucho. Se lo recordé.

—¿Te acuerdas de que cada temporada cuando aparecía por casa con mis buenas calificaciones escolares me llevabas a comer el helado más grande que pudiera comerme?

—No lo olvidaría ni así viviera quinientos años, pequeña. Era un día para celebrar.

—Sí que lo era. Cada una de esas ocasiones las guardo en la mente como un tesoro—sonreí.

—¡Y yo más, hija mía!

Tomamos ese helado y nos despedimos. Volvía a casa. Aquella tarde me eché a dormir y me entró esa melancolía. Lo de la noche anterior al ver a Brian no lo esperaba y me había removido muchos sentimientos.

Por la noche me puse una falda vaquera corta, con la camiseta que me había regalado mi madre, además de unas sandalias de tiras finas en doradas con un tacón de unos cinco centímetros.

Un taxi me esperaba abajo y me llevó directa a por Katy que se mostró de lo más emocionada. Casualmente también llevaba una minifalda vaquera. Se montó, con mucho entusiasmo y el taxi nos condujo a un pub tipo irlandés, donde te tomabas unas buenas cervezas y de paso una hamburguesa

que hacían muy jugosa.

— ¡Qué marrón anoche! — dije mientras sujetaba la cerveza a punto de dar un trago.

— Cuenta, cuenta.

Y eso hice, le conté toda la película...

— No me lo puedo creer. Te juro por mi vida que mira que es grande la ciudad y que aparezca en la misma fiesta...

— Bueno, tienen muchos conocidos en común, pero vamos, no lo esperaba. Me chocó mucho verlo allí y su mirada, a pesar de yo saber la verdad, había algo en ella que me descolocaba.

— ¿Y si se enamoró?

— No lo creo, una persona como él no se pudo haber enamorado de mí.

— ¿Y quién sabe?

— Ya, pero vamos, asco me daría estar con alguien así por muchos sentimientos que haya tenido hacia él.

— Pues sí, pero vamos que estaban bien echados los polvos, que cuando me enseñaste su foto casi me corro del gusto.

— Tú tan fina siempre — negué.

— Y tú tan zorra y pija — chocó su cerveza contra la mía.

— No me lo podía creer ¿Se estaba riendo la vida de mí? ¿Me habían puesto un GPS?

— Joder y este ¿Qué hace ahora aquí? — dijo mirando a la puerta y comprobando que el mismísimo Brian estaba entrando con Pol.

Pol, por supuesto, me saludó.

— ¿Qué haces en la ciudad? — pregunté sonriente cuando se acercó. Brian se quedó en una mesa apartado, mirándome con los mismos ojos del día anterior.

— He venido por un mes. Te iba a invitar a café en estos días y contarte.

— Bueno, de todas formas, me llamas y me invitas al café — le hice un guiño.

— Claro, dalo por hecho — me abrazó y se fue donde Brian.

Miré a mi amiga que estaba alucinando.

— Joder cómo está tú amigo.

— Él es el socio de Brian. Ahora está viviendo en Bruselas. Se han cambiado los papeles, ahora le ha tocado ser a él quien esté en Bruselas y Brian aquí.

— ¿Y este es buena persona?

— Sí, lo que no entiendo es cómo puede tener de socio a ese energúmeno, pero bueno, él sabrá.

Nos quedamos allí lo que duró la cerveza y la hamburguesa. Después nos fuimos como alma que lleva el diablo a otro local. Yo pasaba de estar allí. Su presencia me generaba una sensación de lo más extraña y rara.

De allí nos fuimos a una terraza de noche que estaba de lo más animada, con música latina y un ambiente cien por cien acogedor, así que nos pusimos a beber y a bailar como si no hubiera un mañana.

A las dos de la madrugada llevábamos una cogorza encima que no podíamos con ella. Nos sentamos en la barra a activar el modo confidente.

— ¿Tú crees que un día encontraremos a nuestro príncipe azul? — preguntó con mucho esfuerzo ya que le costaba hablar.

— Yo creo que como sigamos a chupito y cervezas nos van a tener que llevar directas a una habitación de un hospital — reí.

— ¡Qué poco romántica eres! — se quejó negando.

— Hoy con las pintas que tenemos después de todo lo que hemos bebido, no se fija en nosotras nadie — le saqué la lengua.

— Si yo quiero ahora me ligo a ese, a ese, a ese otro también y a aquel que nos está mirando — señalaba descaradamente con su dedo.

— Joder Katy, eres toda una sex-symbol — bromeé.

— No lo sabes tú bien. En República Dominicana me ligué a un montón de turistas que iban de luna de miel — reía.

— No será verdad — abrí la boca incrédula.

— ¡Qué no, dice! — me miraba como diciendo que no tenía ni idea de nada.

— ¿Eso en serio?

— Y tan en serio, anda que no pasó ninguno por mi despacho — reía.

— ¿Y no te generaba remordimientos?

— ¿A mí? Ni que fuera yo la que me hubiera casado. Eso les tenía que dar a ellos, pero vamos un tío que se tira a otras en su luna de miel, no me creo yo que su mujer no sepa con quién se casó.

— Es para matarte — reí negando—Eso no me lo habías contado el otro día.

—Es que para contar eso necesitaba unos cuantos chupitos en el cuerpo—rio.

Nos quedamos en ese pub ya todo el resto de la noche. A las cinco de la mañana nos fuimos a mi apartamento ya que se iba a quedar conmigo a dormir.

El conserje del edificio se quedó mirándonos sonriente, viendo cómo entrábamos con las sandalias en las manos y con la cara de habernos pasado tres pueblos con el alcohol.

— Tranquilo, está todo controlado — dije como buenamente pude.

— Ya, ya lo veo — sonrió.

— Es muy guapo ¿no? — preguntó Katy en todas sus narices.

— Tira para delante — la empujé hacia el ascensor, pero suave. El caso es que no controlé bien, cayó al suelo.

— ¡Mala amiga! — gritó mientras yo lloraba de la risa y el conserje corría a levantarla.

— Hija es que eres de papel — no podía ponerme derecha del ataque de risa que tenía.

— Menos mal que este buen hombre corrió en mi ayuda — decía levantándose y mirándolo con descaro.

— ¿Seguras de que podréis llegar bien hasta vuestra planta? — preguntó aguantando la risa.

— Bueno, si quieres acompañarnos y asegurarte que nos dejas en la camita — soltó Katy sin pensarlo.

— ¡Tira! — grite cogiéndola por el brazo y llevándola hasta el ascensor.

— Así es imposible ligar — protestó mientras se cerraban las puertas del ascensor y el conserje negaba riendo.

La tenía bien cogida la chavala. Había agarrado fuerte la borrachera, le costaba estar derecha, igual que a mí, pero al menos yo me mantenía más recta.

Nos sentamos en la cocina a fumar un cigarro antes de dormir y saqué una coca cola además de un Ibuprofeno para cada una con el fin de que nos ayudara a lidiar con la resaca que nos esperaba al día siguiente.

— Te juro que hoy soñaba con dormir con un hombre y calentita en la cama.

— Pues a lo sumo vas a dormir conmigo y sin rozarte mucho — reí.

— ¿Te imaginas que nos liamos en una noche de pasión?

— Calla, calla, que yo tengo muy definidos mis gustos.

— Eso es porque no probaste aún el otro género y puedes ser bisexual y no saberlo.

— ¿Y tú lo probaste?

— Claro, pero no me gustó — reí a carcajadas— En un trío con una pareja de recién casados en el hotel, esta vez fui yo a su habitación.

— Será broma.

— En absoluto, además me lo pasé bomba, pero no me ponía ella nada, a pesar de que era espectacular, pero su marido... ¡Cómo follaba el jodido! — reía recordando.

— Madre del amor, lo que menos me imaginaba era la buena vida que te estabas dando en esos lugares.

— Vas a tener que venir, vas a saber lo que es darle una alegría a tu cuerpo.

— Deja, deja, ya me estás dando hasta miedo — reí negando.

— Eres más sosa, además tanto elegir para luego liarla como lo haces — negaba.

— Calla, que al menos una mantiene la compostura.

— Si, ya veo — no dejaba de reír mirándome.

— Venga vamos a dormir que te veo trincando una botella de Ron y liándola de nuevo.

— Yo quiero dormir en el sofá.

— Donde te dé la gana, yo me voy a la cama ya — le di un beso.

Me acosté un poco perjudicada. Todo me daba vueltas, pero creo que eso me hizo caer en un sueño profundo.

Capítulo 6

Nos despertamos mejor de lo que esperábamos. El Ibuprofeno nos había hecho algo de efecto, pero aprovechamos para tomar otro.

—¡Café, necesito café! —exclamé. Y es que no era persona hasta que no me tomaba el primero.

—Viciosilla, cualquiera te deja sin él.

—No quiero ni pensarlo. Siempre tengo un arsenal de paquetes de café en casa. Vamos es que me da ansiedad la idea de levantarme sin él y más en días como hoy, que me duele la cabeza para cortármela.

Nos metimos el café en vena y unos sándwiches que yo había preparado. Teníamos el plan de pasar el domingo de relax en el dúplex. Katy se iría por la noche.

Durante la mañana aproveché para que me ayudara a cambiar algunos muebles y complementos de sitio. Aunque me encantaba mi dúplex, tenía la costumbre de dar un giro de vez en cuando a las cosas hasta que me cansaba y las devolvía a su estado general o a otro diferente.

—Eres una sabandija—arqueó la ceja—Me has traído para explotarme y yo estoy de vacaciones—era un poema verle la cara mientras cambiábamos el sofá de sitio.

—Anda y no te quejes, que vives como Dios...

—Te repito que tienes que venir a verlo, no te arrepentirás. Es otro mundo...

—Ya te digo yo que me has dejado sorprendida con tanta revelación. Es lo último que habría podido imaginar.

—Renovarse o morir—me sacó la lengua.

Prefería no decir nada más al respecto porque estaba anonadada y, cuanto más se percataba ella, más se reía.

—¡Me has baldado, no vuelvo a aparecer por tu casa! —se tiró en el sofá cuando hubimos terminado.

—¡Y luego la pija soy yo! —la miré negando.

—Anda, déjame un ratito que voy a subir las fotos de anoche al Facebook. Y te etiqueto como una bala. Hay que ponerte en el mercado—era un caso mi amiga.

—Venga, arriba fotos, pero de lo demás ya te digo yo que no. Estoy muy tranquilita.

—Bueno tanto, como tranquilita... Tus buenos polvos te has pegado últimamente.

—Sí, pero han sido alegrías para el cuerpo. No quiero escuchar hablar de compromiso—lo decía de corazón. Si algo tenía claro es que lo pasaba bien con Frank, pero no quería plantearme nada más.

—Bueno, ponle el nombre que te parezca, pero el caso es que te ha desatascado bien las cañerías.

—Eres más bruta que hecha de encargo, jodida. Eso sí, no te falta razón...

—Y por lo demás te entiendo. A mí me hablan de compromiso y me llevo tres días corriendo, hasta que me asegure de estar a mil kilómetros...

—Ya, con lo bien montado que tienes el chiringuito...

—Pues eso, que va a venir uno a estropeármelo antes de ayer... Mira, mira, tenemos cien *likes* en un momento...

—¡Chiquilla, vaya pasada! Pero ¿tú cuántos amigos tienes en Face?

—Pues a todo New York y a toda República, más o menos. Después de comer, los cien serán mil...

—¡Toma castaña!

—No, castañas no me apetecen, pero ¿es que en esta casa no se come? —así era mi amiga, natural como la vida misma.

—Claro, no vaya a ser que te dé un síncope, exageradilla...

—Venga dale, me da igual. Elige tú el sitio. El caso es que nos traigan algo rico y, si el repartidor está bueno, le puedes decir también que entre y ya vemos cómo nos lo repartimos—le encantaba buscarme la lengua.

—Pues el reparto es fácil. Tú te quedas con él y yo con la comida, que a mí no me metes tú en uno de tus embolados, que estás de lo más moderno—advertí mientras cogía el teléfono.

Llamamos a una pizzería que me gustaba mucho y nos trajeron dos pizzas, una de cuatro quesos y otra de barbacoa. que era la que volvía loca a mi amiga.

Teníamos las noticias en la tele de fondo mientras las comíamos cuando de repente escuchamos en ella algo que nos dejó con la boca abierta y las pizzas en las manos.

— Buenas tardes, hoy abrimos el noticiero con una de las noticias más asombrosas y esclarecedoras desde la isla de Curazao. La joven Elle Tinder, desaparecida en extrañas circunstancias hace diez años cuando permanecía de vacaciones en la isla con unas amigas, fue localizada esta madrugada en una redada policial relacionada con un asunto de drogas en una de las mansiones más lujosas de la isla. Ella estaba siendo obligada a ejercer de esclava sexual desde su cautiverio. Fuentes oficiales señalan a su hermano, Brian Tinder como todo un ejemplo de lucha por encontrarla, una persona que la policía de la isla considera un héroe por no haber abandonado ni un momento su búsqueda. Al parecer, no dudó en enfrentarse a peligrosas bandas organizadas con el fin de infiltrarse en ellas y llegar al corazón del asunto para describir el paradero de la joven Elle. La lucha y el esfuerzo han sido una constante en él durante todos estos años. Se sabe que ya está de camino para reencontrarse con su hermana, quien se encuentra custodiada en el hospital de dicha isla y que espera y desea reencontrarse con él y saber de su familia.

La pizza se me cayó al suelo, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos y la incredulidad se apoderó de mí.

— ¿Pero no te dijo Frank que Brian había sido sospechoso y casi te dio a entender que se la

cargó? — preguntó Katy alucinando.

— Y me enseñó pruebas de que él lo defendió.

— Pues eso no dicen las noticias — no podía ni reaccionar, al igual que yo.

— Me voy a volver loca, te lo juro, me voy a volver loca.

Me levanté agarré el móvil y llamé a Pol.

— ¿Te has enterado de la noticia? — fue lo primero que dijo al descolgar el teléfono.

— Explícame eso, te juro que no comprendo nada. Se suponía que Frank lo defendió ya que era sospechoso de la desaparición de su hermana.

— Eso te dijo Frank... Mira Julie, yo no me voy a meter en nada, pero con Brian no estabas en peligro. Fue muy injusto cómo lo trataste a él y una pena cómo te dejaste engañar. Yo no puedo hablar, pero debes empezar a sacar tus propias conclusiones sobre quién decía la verdad y la primera prueba la tienes en las noticias. Si Brian hubiera sido sospechoso no hablarían así de él y para más prueba, su hermana está viva.

— No me lo puedo creer, quiero que seas tú quién me digas toda la verdad.

— Yo no puedo, créeme que no puedo. No me voy a meter en nada que perjudique los intereses de Frank. Todos sabemos cómo se las gasta y es mejor no buscarle las cosquillas.

— Pol, dime una cosa ¿Brian estuvo liado con la mujer de Frank?

— Es un psicópata y no me refiero a Brian, no. Nunca estuvo con ella, jamás, nada de lo que te contó y tú te creíste era cierto.

— ¿Y por qué no me lo dijiste?

— ¿Cómo? Me llamaste en tono amenazante para que Brian te dejara en paz, diciendo cosas horribles. Podía estar Frank a tu lado ¿Qué querías que hiciera con la seguridad y convicción con las que hablabas?

— Pol, ¿Cómo es Brian?

— Mucho mejor persona de lo que han dicho en la tele, que ya es decir. Es un hermano con una carga a sus espaldas y un dolor que no podía superar, un luchador, un hombre lleno de valores que hubiera dado la vida por ti para que no estuvieras en ese lugar en el que te hemos vuelto a ver y que sabía tan peligroso.

— No me digas eso — lloré.

— Solo te digo que ojalá seas feliz y que puedas ver más allá de lo que te hicieron creer. Te tengo que dejar, estoy pendiente de Brian y de las noticias. Nos debemos un café.

— Claro — colgué entre lágrimas y me tiré al sofá en shock, llorando.

— Te la jugó Frank ¿verdad?

— Me quiero morir...

— Es muy fuerte todo, muy fuerte.

— Y eso que tú solo sabes una parte — me estaba ahogando de la impotencia.

En ese momento me llamaba Frank. Se habría levantado con la noticia y me querría convencer de algo que ya le habría dado tiempo a tramar.

— Cógelo, haz como si no te importara nada, sé lista — dijo Katy y vi que era lo mejor.

Descolgué la llamada después de soltar aire.

— Tengo una resaca que me muerdo — fue lo primero que dije para intentar ser yo esta vez más lista.

— Ya veo por tu voz — reía.

— ¿Qué tal estás?

— Alucinando ¿Has visto las noticias?

— No ¿qué pasó?

— Han encontrado a la hermana de Brian.

— ¿Muerta?

— No, viva. El desgraciado la vendió a una organización de tratas y encima lo ponen de héroe, si yo sacara todo lo que tengo...

— Hazlo, puedes demostrar que estuvo imputado.

— No, mejor dejaré que el karma actúe, ni tiempo ni ganas de gastarlo en él.

— Tienes razón y gracias por avisarme así ni pongo las noticias, cuanto menos sepa de él, mejor. Me revuelve el estómago.

— Así es.

— Estoy con Katy que hemos pedido unas pizzas y estamos viendo una película.

— Genial, vaya planazo de domingo, vosotras sí que sabéis.

— Bueno pues vamos hablando, guapísimo.

— Nos vemos en estos días.

— Por supuesto — sonreí.

Colgué y nos miramos las dos incrédulas por las mentiras que era capaz de provocar este hombre. Katy lo había escuchado todo, ya que yo había puesto el manos libres.

— Es un hijo de puta.

— Lo sé, Katy. Sabía que si me salía con algo así iba a ser verdad que este me preparó todo para apartarme de Brian — volví a llorar.

— ¿Qué piensas hacer?

— No lo sé, siento que estoy peor que antes. No tiene nombre lo que le hice a Brian.

— Deberías hablar con él.

— ¿Y qué le digo? ¿Crees que merezco que me escuche? Y antes de anoche besando a Frank en sus narices en la fiesta. Esto no me puede pasar a mí, esto no — lloraba desconsolada y Katy se vino para abrazarme.

Me pasé toda la tarde en shock. Katy intentaba animarme. Hablábamos del tema y me decía que quién sabía, que igual todo se podía solucionar todavía. Yo le quitaba la idea de la cabeza, era absurdo crearme falsas expectativas.

Hizo todo lo que pudo para animarme. Preparo una merienda dulce de la que apenas pude probar unos bocados.

— ¡Te mato! —exclamaba— Para una vez en la vida que me meto en la cocina, que eso no lo hago yo por nadie y me lo desprecias.

— No es eso. De veras que te lo agradezco. Es solo que se me ha cerrado el estómago.

— Venga, Julie, ámate. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo? Ponte cualquier cosita y bajamos. Nos tomamos una coca cola en cualquier terraza.

— De veras que no tengo cuerpo, Katy. Te lo agradezco mucho.

— Es que no quiero verte así, cielo. ¿Y si te dijera que ya llevamos más de mil cien *likes*? — la pobre no sabía ni qué hacer ni qué decir para sacarme una sonrisa. Era muy fuerte lo que estaba pasando.

Por la noche nos despedimos y yo seguía en el sofá viendo la tele, incrédula y volvió la noticia. Me quedé petrificada. Cuanto más escuchaba al respecto, peor me sentía conmigo misma.

— El “heroico hermano” como ya se conoce a Brian Tinder, aterrizó esta misma tarde en la isla. El encuentro se produjo de forma inmediata al ser trasladado a su llegada hasta el hospital donde está Elle. Según los testigos presentes, que forman parte de las autoridades que han llevado el caso, el encuentro fue muy emotivo y ella se aferró con fuerza al brazo de su hermano, al que no quería soltar. Para mañana a las once de la mañana tiene pensado Brian Tinder dar una rueda de prensa y llevarse con él a su hermana a New York, a la que no la piensa dejar sola ni un solo instante.

Me di una larga ducha con la intención de que me relajara porque sabía que me esperaba una larga noche. Era como si de un plumazo se hubiera esfumado toda la alegría y serenidad que había recuperado en los últimos meses.

Miré el móvil y vi que tenías mensajes de diferentes personas, pero esa noche no tenía ganas de contestar a nadie. Finalmente, fui a la cocina y me tomé un vaso de leche.

Me metí en la cama con la emoción de saber que por fin la encontré. Después de tantos años de lucha y sufrimiento ¿qué no habría pasado esa chica? Y yo dudé de él, creyendo que era un enfermo mental cuando solo Frank era ese desquiciado que se merecía lo peor en esta vida.

Capítulo 7

Desperté y tenía un mensaje de Frank.

“Me preguntaba si te apetecería cenar esta noche”

Me dieron ganas de contestarle que ojalá se muriera. Eso lo pensaba de todo corazón. Hasta ese momento no le había deseado la muerte ni a mi peor enemigo, pero era demasiado lo que hacía Frank. Para él, todo valía.

“Hoy imposible. Quedé en cenar con mis padres, ya te digo en estos días”

Llamé a mis padres para ponerles sobre aviso. Además, ellos sabían absolutamente todo y esta vez había que añadir lo que habían visto en las noticias y lo que yo les estaba contando en ese momento.

— Vente de nuevo a casa, hija — me suplicó mi madre.

— No, de verdad que estoy bien. No te preocupes, mañana voy a veros.

—Tienes que entender que tu padre y yo estaríamos más tranquilos—insistió.

—Lo sé mami, pero tú tienes que entender también que no puedo estar constantemente huyendo de los problemas. Ya tengo una edad. Esto tengo que encararlo desde la normalidad de mi vida.

—No dejes de venir mañana hija. ¿Qué quieres que te prepare para comer?

—Me da igual mami, lo que te apetezca. Todo te sale delicioso—no quise decirle que se me estaba volviendo a cerrar el estómago.

—Bueno, pues iré a la compra y te haré alguno de tus platos preferidos.

Me despedí de ella y me preparé el desayuno, que al final dejé casi entero. Me puse a trabajar un poco y encendí la tele del despacho. A las once estaba concertada la rueda de prensa.

La impaciencia se estaba apoderando de mí. Mientras miraba distintos documentos, no podía evitar el hecho de tener la mirada en el reloj.

Cuando lo vi aparecer en pantalla, de la mano de su hermana, emocionado con esas lágrimas que no podía reprimir, mi corazón dio un vuelco.

La escena era emotiva no, sino lo siguiente. La culminación de un sueño. Yo misma sentía una emoción increíble.

Comenzó a dar las gracias en nombre de los dos. No entró en detalles de por lo que ella había pasado, solo animaba a las personas que habían perdido a un ser querido por una desaparición a que nunca tiraran la toalla. Pidió que los culpables pagaran sus máximas condenas. Ella lo miraba emocionada, con un cariño y ternura que hacía romper en llanto a cualquiera.

Llegó el turno de preguntas y los periodistas lo bombardearon. Desde todos los medios, estaban deseando ampliar una noticia en la que millones de personas de todo el mundo tenían puestas sus miras.

Brian volvió a dar muestras de la elegancia que le caracterizaba. Sorteó las que podían ser más escabrosas y pidió respeto para la intimidad de su hermana. Lo hizo en un tono tan conciliador que todos estuvieron de acuerdo.

La rueda de prensa fue a pie del avión, al que se subieron seguidamente para volver a New York. Esa vez con su hermana de la mano y dando carpetazo a una historia que tanto daño había hecho a los dos.

Mi corazón estaba destrozado. Me había portado fatal con ese hombre que lo único que se merecía era respeto, cariño y compasión.

Pasé el día fatal, en casa. Katy me llamó en varias ocasiones.

—Voy por ti en un santiamén y hacemos algo. No quiero verte así. O al menos tiro para tu dúplex y movemos otra vez los muebles—bromeaba para sacarme una sonrisa.

—No tengo ganas ni de mirarme, amiga—le era totalmente sincera, pero agradezco tu ayuda.

—No tienes nada que agradecer. Solo te digo que, si en algún momento necesitas algo o cambias de opinión, me lo dices y me vuelo allí en un salto.

—Créeme que así lo haré—le agradecía, aunque en el fondo sabía que solo quería estar sola.

Pasado el rato, volvía a llamar y así sucesivamente. Fue una suerte que el día anterior la noticia me hubiera pillado acompañada por ella. Me servía de gran apoyo.

Mis padres también me llamaban cada equis horas y yo los tranquilizaba. Además, Frank me puso algún que otro mensaje que ignoré por completo. Para mí desde el día anterior estaba muerto, no quería saber nada de él y me iba a enfrentar como una leona, pero en mi vida no lo quería volver a ver más.

Por la tarde, me di cuenta de que apenas había comido nada en todo el día. Un poco de pescado que tenía en la nevera y que quise preparar antes de que se estropease fue todo mi almuerzo, del que además dejé la mayor parte en el plato.

Eso sí, no tenía ni idea de cuántos cafés me había tomado, pero debían ser bastantes más de los debidos.

Las horas se me estaban haciendo eternas. Cada vez que intentaba concentrarme en algo me daba cuenta de que era imposible.

Cogí bolígrafo y papel e intenté escribir. Desde pequeña me había gustado mucho escribir sobre mí, sobre mis sentimientos y sobre las cosas que me pasaban.

De hecho, durante toda mi infancia y adolescencia escribí diarios que guardaba como en oro en paño. De vez en cuando les echaba un vistazo y era como volver a revivir aquellos años.

El asunto es que aquella tarde era imposible plasmar nada sobre el papel. Unos pocos renglones y me di cuenta de que era una especie de misión imposible. Tuve que abandonar la idea. La tinta terminó corrida por mis lágrimas, que empañaron el papel.

Me estaba volviendo loca y parecía una fiera encerrada. Miraba por la ventana y decidí que tenía que salir. No aguantaba más, mi cabeza era una especie de olla a presión a punto de estallar.

Tampoco tenía ganas de arreglarme, ni de sentarme en una terraza ni de nada parecido. Se me alumbró la bombilla y decidí salir a correr. No es que fuera yo la deportista del año, pero de vez en cuando sí lo hacía y ese día necesitaba liberar adrenalina.

Me puse un conjunto deportivo compuesto por mallas y camiseta de tirantes, me calcé mis zapatillas y me dispuse a dar una buena carrera por un parque cercano.

Tan pronto me encaminé hacia él me encontré a mi vecina Karen, que ya estaba a punto de dar a luz a aquellas alturas.

—¡No me puedo creer que ya tengas esa barriguita! —se la toqué.

—Yo sí que no me lo puedo creer que ni anudarme los cordones ya—suspiró.

—¿Es niño o niña?

—No lo sabemos. Hemos querido mantener la emoción hasta el último momento.

—Entonces, ¿estáis bien?

—¿Brad y yo? Sí, bueno. Hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero ya te comenté que haríamos lo posible por arreglarlo. La idea del bebé nos tiene locos, eso sí es verdad. Lo demás, el tiempo lo irá diciendo...

Siempre que me encontraba con esta chica me parecía que el suyo era un ejemplo de fortaleza y valentía, así que tomé nota mental, pero no era fácil.

—Me alegra escuchar eso.

—Por cierto, hace meses que no te veía. Me comentó el portero que tu casa estaba vacía, ¿todo bien por tu vida?

—Bueno sí, más o menos—pensé que al fin y al cabo todos teníamos altibajos—Ya estoy de vuelta—le comenté.

Nos despedimos. Le deseé mucha suerte en el parto por si no la veía y quedamos en que me

enviaría un mensaje con la foto del bebé cuando naciera.

Seguí hacia el parque y allí lo di todo. Estuve corriendo durante un buen rato pues notaba que me hacía bien. Eso sí, terminé con una paliza de campeonato y ya me apetecía volver a casa y darme una buena ducha.

Lo hice dando un paseo y notando la ligera brisa de la tarde, que mi rostro sudoroso agradeció. Llegué a casa y me di la madre de todas las duchas. Dejé que el agua fuera corriendo durante bastante rato pues notaba que me relajaba mucho.

Salí, me sequé y me encaminé hacia la cocina. Me preparé un sándwich de pollo, pero ligerito, nada recargado. Sabía que era importante que comiera, pero en la boca del estómago sentía como un nudo.

Por la noche me mandé mensajes con Pol. Quedé en que iría a verlo a la mañana siguiente a una cafetería en la que nos citamos para desayunar.

Me costó dormir esa noche, no dejaba de llorar.

Por la mañana me fui directa a desayunar con Pol.

— Pol, hola — me abracé a él con tristeza.

— Hola, guapa — me abrazaba con cariño.

— ¿Qué sabes de él?

— Anoche estuvimos hablando por teléfono. Está feliz, pero con mucho dolor por esos diez años de cautiverio de su hermana. En cualquier caso, ya la tiene al lado y eso le reconforta.

— ¡Qué estúpida fui! — comencé a llorar y es que no podía evitarlo.

— No sabes lo que te amaba ese hombre, no sabes lo mal que lo pasó y sigue amándote, aunque no hable de ello. Puedo confirmarte que la otra noche en la fiesta estaba roto en dos mitades. No podía ni hablar, lo pasó fatal.

Eso me dolió escucharlo, me dolió más que a mi vida. Lo que yo le había hecho no tenía nombre, encima no le di la opción a defenderse, a hablarme. Le cerré todas las puertas para que pudiera hacerlo.

Tras el desayuno nos fuimos a pasear un poco. Pol intentaba tranquilizarme. Me prometió que cuando Brian estuviera mejor y pasara los primeros días dedicado a su hermana, le hablaría de mí, le transmitiría mi súplica de perdón y mis mejores deseos hacia él. Necesitaba que al menos me perdonara, no me lo merecía, pero quería que supiera que me equivoqué y que ahora lo creería.

No lo hacía con intención de recuperarlo, sabía que eso no podía ser y menos aún que lo mereciera, pero al menos que tuviera claro que me equivoqué y que me sentía mal por ello.

Me despedí de Pol muy agradecida. Estuvo muy cariñoso y condescendiente conmigo todo el tiempo. También podría haberme mandado a hacer puñetas por desconfiar de golpe de su socio y amigo, pero no lo hizo.

Ese día no paré de recibir mensajes de Frank. Antes de acostarme le mandé yo uno y le dije que a las diez de la mañana estuviera en una cafetería que había junto a su despacho.

Apagué el móvil y me acosté a dormir, quería despejar la mente y tenía muy claro todo lo que le iba a decir a Frank. Además, no tenía miedo, estaba segura de mí. No estaba dispuesta a permitir que se riera más de mi propia persona y mucho menos de ninguno de los míos.

Capítulo 8

Nuevo día y un calentamiento de cabeza monumental.

Me preparé un café y puse las noticias. En un rato me vería con Frank. Ya tenía todo pensado y no me iba a echar para atrás ni para coger impulso.

Ni sentarme tranquilamente a tomarme el café podía. No paraba de dar vueltas y vueltas por toda la casa. Pensé que eso era lo que mi padre llamaba tener culillo de mal asiento.

Miraba el reloj y una y otra vez. No veía la hora. Tenía muchas ganas de pasar ese momento que se me antojaba como un mal trago que deseaba pasar pronto.

Recibí un mensaje de Frank diciendo que se le había torcido la mañana, que lo aplazaba al día siguiente a la misma hora y en el mismo lugar.

Algo me decía que se las veía venir y no tenía ganas de pasar por eso aquel día. Era imposible ser más vil, miserable, mezquino y, por si le faltaba algo, cobarde.

Me quedé pfof. Tener que demorar aquel momento que tanto ansiaba no era algo que me apeteciera, pero no tenía más remedio que esperar. No podía ponerle a Frank un puñal en el pecho para que acudiera a la cita.

Tocaba armarse de paciencia, pero me estaba costando la misma vida concentrarme. Mi atención estaba en Brian.

Las noticias hablaban del caso de Elle, pero ya era todo lo mismo, le daban vueltas como a un pollo en el asador. De todas formas, ya habían regresado a New York y conociendo a Brian intentaría mantener a su hermana fuera de los focos y del entorno mediático.

Estuve toda la mañana trabajando. En principio resolví un gran número de las cuestiones de diario y más tarde me centré en la empresa nueva, en la que me había pasado Mia.

Necesitaba mantener la cabeza ocupada y empecé a trazar la estrategia referente a una empresa

que, sin ser complicada a efectos de mi asesoramiento, sí era nueva y ello implicaba una especial necesidad de atención por mi parte. Me venía de lujo.

Comencé a hacer una serie de llamadas cruzadas con sus directivos y pronto tuve claro por dónde meterle mano al asunto. Además, también llamé a Mia para que me explicara un par de cosas que no sabía al respecto.

Aunque el día anterior les había dicho a mis padres de ir a comer con ellos, finalmente llamé y lo pospuse. No tenía el cuerpo para dar más explicaciones. Ellos, aunque lo sintieron, lo entendieron y quedé en ir al día siguiente.

Llamé a Katy.

—¡Hombre, ya tenía ganas de saber de ti! —me soltó en plan riña tan pronto descolgó el teléfono—dime el lugar y la hora en la que nos vemos y no trates de resistirte o será peor.

—Miedo me das, no, no te preocupes. Te recojo esta tarde a las seis y salimos a tomar algo. Necesito despejarme.

—¡Y tanto que lo necesitas! Ya estabas tardando. Anímate y luego te veo. He preparado un palo por si no espabilas y tengo que darte con él en la cabeza, puñetera.

—Pues tráelo por si acaso.

—Eso haré. Te veo luego.

Comí una ensalada. Cada vez estaba más delgada y me notaba hasta los pómulos muy marcados, pero es que no era para menos. Llevaba un ritmo que no ganaba para sobresaltos.

Ese fue también uno de los motivos por los que no había ido ese mediodía a comer a casa de mis padres. Mi madre era de la que te hacía comer hasta que te saliera por los ojos y yo no estaba para eso.

Después de almorzar y con todo el trabajo finiquitado, me eché una buena siesta. Necesitaba descansar un poco porque, entre lo marcado de los pómulos y las ojeras, al final iba a tener más mala cara que la rodilla de una cabra e iba a terminar por sentirme peor todavía.

Llegó la hora y me fui a por Katy. Se montó en el coche haciéndome una burla.

— Quita esa cara de sofoco que tienes — me dio un beso en la mejilla.

— Te juro que tengo un agobio impresionante. Arrastro una sensación de malestar que no te lo imaginas.

— Claro que me lo imagino, lo tuyo es de culebrón venezolano.

— Si al menos esto fuera una novela — negué resoplando.

— Y al final Frank te cita para mañana ¿no?

— Sí, ese creo que se ve venir lo que le voy a decir, claro, clarinete.

— Pues cuando vea lo de la grabación...

— Ya tienen una copia mis padres. Espero que entienda que la conversación que tuve con él lo puede llevar a su ruina, sobre todo el punto donde reconoce que todo lo compró para salvarme, deja poco lugar para las dudas.

— Tuviste dos cojones ese día al grabarlo todo.

— Fui fría sabiendo que me iba a joder, así que como su rol fue hablar mal de Brian y decirme que todo lo que hizo fue para salvarme, de buen rollo y que no pensaba atarme a él por eso, pues me cubrí las espaldas. Eso sí, le saqué bien el tema de nuevo, de forma que tengo material para mañana estar en cualquier cadena de televisión y hundirlo. Si me jode, ese cae.

— ¿Quieres que te acompañe?

— No.

— Has tardado mucho en contarme la verdad...

— Lo sé, pero es algo que fue doloroso y vergonzoso para mí.

— No te doy un abrazo porque vas conduciendo y nos matamos.

— Prefiero que me des tres chupitos — reí.

— Si hay que emborracharse... ¡Nos emborrachamos! — gritó levantando las manos.

Nos fuimos a una terraza en una zona tranquila. Últimamente no aguantaba el bullicio, me molestaba yo misma, cuanto y más el resto de la gente.

— Cada día tengo más claro que me voy a quedar soltera o para cargarme lunas de miel — soltó provocándome una carcajada.

— Yo mejor ni me vuelvo a enamorar. La cago de lo lindo, estoy pensando en meterme a monja e irme de misionera.

— Mejor te vienes a República, con tu trabajo puedes currar desde allí y me ayudas a romper matrimonios.

— Calla, calla — reí.

— Pues mira te podrías permitir venirte para allá una temporada, además yo te meto en una habitación del hotel gratis, vamos a huevo te lo pongo. Y si es solo para unos días, hasta en una suite de lujo, como ya te dije.

— Visto así, quizás algún día termine decidiéndome. Hasta he estado hablándolo con Judith. No hablamos de una temporada, pero dice que para unos días también se viene.

— Siempre lo dijiste, pero nunca lo hiciste.

— Eran otras circunstancias, ahora no tengo que rendir cuentas a nadie — le saqué la lengua.

— Pues este año te quiero allí por lo menos una semana.

— Seguro que sí. Te prometo que iré cuando estés allí o iremos, ya se verá.

— No me digas que sí como a las locas — resopló.

— Te lo prometo — volteé los ojos.

— Mucho prometer, pero ya te conozco.

— ¡Que sí! — reí.

Nos tomamos unos vinos mientras charlábamos. Estábamos planeando escaparnos unos días a algún lugar, aunque no teníamos claro dónde.

—Mira que como no te decidas por ningún destino, escojo yo y santas pascuas—amenazó.

—Igual es lo mejor, yo estoy de un tontorrón que no levanto cabeza y me cuesta decidir lo más mínimo. Igual dejo que te encargues tú de todo que siempre has sido muy resuelta.

—Sí, capulla, eso y que conmigo sabes que vas sobre seguro. Hay un montón de destinos que cuentan con hoteles de la misma cadena que para la que yo trabajo.

—¡Enchufada!

—A tope, ya lo sabes. Vayamos donde vayamos, nos tratarán como a reinas y además tengo descuento de empleada.

—Planazo total, pues no se diga más, vamos donde te dé la real gana. Tú dime solo cuándo y qué tengo que echar en la maleta y asunto concluido.

Fuimos luego a cenar a un restaurante de comida rápida. Yo tenía el estómago cerrado, pero poco a poco conseguí comerme ese Durum que estaba delicioso.

—Ya puedes ir comiendo que al final te vas a quedar que no te voy a poder vender en ninguna parte—me guiñó el ojo.

—Sí, será ese el problema, a lo mejor. Tengo yo unas ganas locas de ponerme en el mercado.

—Bueno no ahora, pero ya llegarán. Y mientras tienes que cuidarte. Tú tienes un cutis divino,

pero aun así tanto adelgazar en tan poco tiempo no favorece, así que en el caso de que sea necesario, te meto la comida por un embudo.

—Eres toda sutileza amiga—reí, imaginando la situación. Y lo peor es que la veía capaz. Era mortal Katy.

Después de comer estuvimos dando un paseíto cogidas del brazo. De repente se paró y me miró.

—¡Tú eres una mala influencia! —me señaló con el dedo.

—¿Yo?

—Tú, sí, tú. No pongas cara de tonta. Yo tengo una reputación que mantener y aquí estoy contigo, cogidas las dos del brazo como si tuviéramos noventa años—se echó a reír a mandíbula batiente.

—Tienes razón. Como te vea alguna de tus amistades, van a comenzar a descender los *likes* a toda leche.

—¡No jodas! Como eso pase te dejo aquí y no me vuelves a ver el pelo, que me ha costado lo mío hacerme tan popular.

Era un bichejo adorable y lo sabía. Para Katy era muy importante la vida social. Ella vivía de cara a la galería y sabía explotarlo al máximo. Éramos dos polos opuestos pero que se complementaban a la perfección.

La dejé en su casa y quedamos en hablar al día siguiente, después de mi cita con Frank.

—Diez segundos después de que lo dejes ya me estás llamando. Ponme la primera de la lista, que estoy deseando saber.

—No lo dudes amiga. Así lo haré—se lo había ganado a pulso y, pese a su apariencia de cotilleo, se escondía una preocupación latente por mí que yo no podía más que agradecer.

Me acosté rápidamente, no tenía ganas de dar muchas vueltas a mi cabeza.

Capítulo 9

Decidida, así me levanté.

Me duché y fui directa a por mi café, cigarrillo incluido. Al final me había echado al vicio.

Pol me llamó para decirme que el día anterior había estado con Brian y que le había transmitido lo que le había dicho, mis disculpas y perdón.

—Y, ¿cómo lo viste?

—Impresionado para bien al tener noticias tuyas. Bastante impresionado, no te lo voy a negar. Piensa que además estos días se están acumulando las emociones en su cabeza.

—Sí, sí. Yo no quiero ser una molestia ni desestabilizarlo lo más mínimo, bastante lo perjudiqué ya sin ser siquiera consciente de ello.

—No, no te preocupes. Creo que le encantó saber de ti.

Aproveché para contarle que iba a verme con Frank en la cafetería de al lado de su despacho, que le iba a poner las cosas claras y advertirle de que era capaz de cualquier cosa, además de lo de las grabaciones.

—Julie, ¿estás segura de verte con él?

—Totalmente.

—Pues fijate que yo no creo que debieras ir al encuentro de esa sabandija. Si yo fuera tú, le ponía lo que fuera por escrito y lo mandaba a freír espárragos.

—No. Es algo que tengo que hacer Pol. Ha sido demasiado el daño que ha causado. No mide consecuencias. Es un mezquino.

—Sí, este lleva hasta sus últimas consecuencias eso de que “en el amor y en la guerra, todo vale”. Yo creo que ha visto demasiadas películas, pero de todos modos no lo subestimes como enemigo.

—No, no lo hare, aunque por primera vez soy yo quien tiene la sartén por el mango.

Salí de mi casa y cogí el coche.

Estaba pensando en cómo decirle todo. Había decidido que no le iba a dar opción a réplica, iba a ser clara y contundente.

Le tenía tantas ganas que debí repetir cien veces en mi mente todo lo que quería soltar por mi boca una vez lo tuviera delante. No deseaba que se me quedara nada de nada en el tintero. Le iba a vomitar todo lo que tenía en mente.

Hasta la forma de andar y mirar mías de ese día parecían distintas. Me sentía poderosa y encaré la terraza donde él estaba sentado con paso firme y mirándolo fijamente.

Además, no había descuidado ni un ápice mi aspecto para ir a buscarlo. Llevaba unos pantalones de cuadros vichy azules y blancos ajustados que me sentaban muy bien. Por encima una camisa sin mangas abotonada por delante, en blanco.

No iba a darle ni una sola satisfacción más. Y por supuesto no iba a verme hundida, aunque por dentro me comiera la pena por cómo actué meses atrás con Brian por su culpa.

Estaba ahí sentado, descompuesto. Lo conocía perfectamente. Me acerqué seria y cuando se fue a levantar para saludarme le hice señas de que se quedara sentado.

— Sabes a lo que vengo — no di ni un rodeo.

— Bueno, todo puede tener explicación.

— No, no la tiene, créeme que no, ni la pienso escuchar.

— Escúchame Julie, no me toques los cojones.

— Eh — le señalé con las manos abiertas para que se calmara — A mí con amenazas no, que tengo grabada toda una conversación que está en manos de mis padres y de otro abogado. Por eso soy yo quien te dice que no me toques los ovarios que te veo en los titulares de todos los

noticieros. Te lo advierto Frank, no soy la única que te tiene ganas, escucha esto.

—Vas de farol. Estoy seguro de que vas de farol.

—Te voy a enseñar mi farol y créeme que no te va a gustar.

Le puse un poco de la grabación donde él reconocía abiertamente que el día que compró fiscales, la policía y tal, tuvo que pagar grandes sumas de dinero. Aparte, también injuriaba a Brian y el caso de su hermana.

— No me das miedo — estaba rojo y enfurecido.

— Eso que dijiste de Brian y más como está el tema en los medios, se te echaría encima todo un país y con lo mío toda la fiscalía, así que, si te acercas, me llamas, me pasa algo o te da por hacer un movimiento en falso, vas a ser súper conocido en todos los medios. No me tientes, que serías tú el que tendrías que pagar por muchas cosas.

— ¡Escúchame! — gritó enfadado.

— No te va a escuchar — la voz de Brian nos hizo girarnos a los dos — Esta vez no te va a escuchar. Levántate — me dijo a la vez que hacía un gesto con su mano — Si te acercas a ella — le señaló con el dedo — si la llamas, si la molestas, te juro por mi vida que voy a destapar muchas cosas. Ya son demasiadas personas a las que le tocaste los cojones — me agarró del codo y me sacó de allí.

— Brian ¿Qué haces aquí?

— ¿Cómo has venido?

— En mi coche ¿por?

— Yo en taxi, cuando me dijo Pol que te ibas a reunir con él, fue lo que vi más rápido para llegar ¿Dónde lo tienes aparcado?

— En el parking del centro comercial.

— Vamos.

Yo estaba blanca, en shock, incrédula ante el giro de los acontecimientos, asombrada por su aparición. Lo había hecho para protegerme.

Camino del coche no cruzamos ni una palabra. Eran tantas las emociones contenidas en las últimas horas que parecía que ambos estábamos intentando gestionarlas en nuestras mentes.

Me pidió la llave y me monté de copiloto.

— ¿Es verdad que tienes esa grabación?

— Sí.

— Quiero una copia, puedes confiar en mí.

— Totalmente, Brian. Me alegro mucho de la aparición de tu hermana.

— Gracias, lo sé.

— ¿Cómo está?

— Bueno, ahora está en un centro por una semana, en manos de unos profesionales que le ayudaran a canalizar todo. Elle quiso ponerse en manos de esa clínica y la llevé esta mañana.

— Ojalá que lo supere todo pronto.

— Estoy seguro — sonrió con tristeza, pero a la vez estaba muy alterado por lo pasado en esos momentos — Me alegra que le hayas plantado cara, pero no debiste venir sola.

— No me da miedo.

— Pero es un cerdo.

— Lo sé.

— No vuelvas a hacerlo.

— Tranquilo, creo que con lo que le dijimos no se atreverá a intentar acercarse a mí.

Se hizo un silencio, Brian estaba tocado. Venía de una noticia muy fuerte, de un reencuentro por el que había peleado con uñas y dientes. Encima, no le dolieron prendas en defenderme en ese momento en el que obvio, Pol le había llamado inmediatamente para ponerle al tanto de mi encuentro...

—Te diría que me acompañaras a mi casa... Si no es mucho pedir.

—Claro que no lo es. Será un placer—yo estaba encantada de poder compartir unas horas con él.

—Es simplemente que, con tanto jaleo con la prensa y demás, estoy un poco atolondrado. No me apetece estar en público y que no nos dejen ni hablar.

—No tienes que excusarte. Sabes que siempre me ha encantado ir a tu casa.

—Pues entonces no se diga más. Necesito relajarme.

¡Otro día que no iba a casa de mis padres! A ese paso me iban a poner en busca y captura.

Caí en ello cuando íbamos camino de su casa y los llamé.

—Mami, me vas a odiar, pero al final tampoco voy a ir hoy a vuestra casa.

—¿Y eso, hija? No me gusta que estés sola en estas circunstancias, Julie.

—No, mami. No te preocupes que no estoy sola. Estoy con Brian en el coche.

—Vale, hija. Ya escuchaba yo un ruido raro. Me sorprende y alegra a la vez que estés con Brian. Pásalo bien con él, mi vida. Ya nos vemos mañana, si te parece, y nos cuentas.

—Lo prometo mamá.

Nos despedimos y ya volvía a estar con Brian.

—Me gusta el tono tan cariñoso que usas con tu madre. Me llenan las personas familiares.

—Tú también lo eres. Y mucho.

—Sí y además parece que la vida me ha dado otra oportunidad en ese sentido—suspiró.

Llegamos a su casa y entramos a la terraza. Esta vez estaba abierta. Ya había llegado el buen tiempo y esa circunstancia invitaba a dejarla al descubierto.

— ¿Una cerveza? ¿Vino? ¿Refresco?

— Me da igual — me encogí de hombros y me senté.

— Vale — se fue a la cocina.

Yo sentía que él estaba muy tocado, pero también entendía que era normal. Lo curioso era que me sentía extraña a su lado, de esa forma. Me generaba una sensación demasiado triste.

Eso sí, aunque tocado parecía muy calmado y sereno. Pese a que siempre me había transmitido calma, daba la impresión de que estaba en un momento en el que todo había ido a su sitio y se hubiera librado de una pesada mochila que llevó a cuestas durante años.

Volvió con dos copas de vino en la mano y unos frutos secos. Los puso sobre la mesa y se sentó frente a mí.

— ¿Qué tal estas?

— Bueno, bien, lo que me preocupa es cómo estás tú.

— Extraño, me siento extraño, recuperé a una hermana que es diez años mayor, con una historia dura. Se acaba esa búsqueda que me tenía absorbido al cien por cien. Estoy intentando ubicar mi vida con ella, ahora mi mayor objetivo es lograr que se sienta bien y ayudarla a emprender un camino en la vida.

— Te entiendo, estoy segura de que lo conseguirás.

— Eso espero, al menos le veo ganas de vivir, de retomar su vida y eso me causa más tranquilidad.

— Claro que sí.

—También está bien de salud, algo que puede calificarse poco menos que de un milagro dado la mierda que le ha tocado vivir.

—Pues sí, parece que después de todo la vida quiere recompensarla. No sabes cómo me alegro.

— Estaba muy preocupado por ti. Lo pasé muy mal, me hace muy feliz que esta noticia haya sido la que te haya abierto los ojos de la realidad.

— Fui una estúpida. No te merecías lo que te hice.

— No te guardo rencor, es verdad que me causó mucho daño, pero no te preocupes que todo pasó. Sé que no tuvo nada que ver contigo. Fue esa rata de cloaca.

—Sí. La supuesta realidad que me puso por delante casi que no dejaba lugar a dudas. Venía provisto de un arsenal de pruebas que después he entendido que eran más falsas que Judas, pero en ese momento creí sus palabras.

—No te culpes. Lo tenía todo muy bien orquestado para que picaras el anzuelo. Le hubiera pasado a cualquiera. Es un mago de la mentira. Tenias todas las papeletas para que te engañara.

Su tono era sincero. No me decía nada de volver. Imaginaba que era lo último que se le pasaría por la cabeza en esos momentos, pero en el fondo quería ver un rayo de esperanza de volver a retomar con él algo. Yo lo amé de verdad y ahora todos esos sentimientos se habían despertado, solo deseaba abrazarlo, pero sabía que no sería así.

En cualquier caso, no era momento de decir ni media palabra de aquello. Él tenía cosas más

importantes en las que pensar y yo quise que pudiera desahogare conmigo.

Le noté con ganas de contarme y le abrí la puerta. Volvía a sentirme un poco cómplice suya y eso me había sentir bien.

Estuvimos charlando sobre Elle, cómo había sido su vuelta, cómo lo había recibido, el mazazo de saber que sus padres ya no estaban.

—Eso ha sido lo peor. Tener que contarle que ninguno de los dos estaba ya para recibirla. A mí también me ha removido el alma. Sé que hubieran dado lo que fuera por vivir este momento.

—Entiendo perfectamente, pero piensa que al menos te tiene a ti. No podría imaginar otro hermano mejor. Te has convertido en todo un ejemplo y eso es lo que ella necesita—¿Cómo lo ha tomado?

—Bien con mucha serenidad y encima restándole importancia a sus sentimientos al respecto para que yo no me sintiera peor. Ella sí que es un ejemplo de valentía y supervivencia. En mi vida habrá siempre un antes y un después de su aparición.

La verdad es que era una chica fuerte, demasiado para a lo que se había enfrentado y, por si fuera poco, encima intentaba calmar a su hermano. Increíble, pero por lo que me contaba era una chica adorable, con sus miedos, pero llena de fuerzas.

Comí con Brian, no dejábamos de charlar, la verdad es que tenía mérito todo lo que había hecho y estaba haciendo. Era un verdadero guerrero, hasta la herencia de sus padres la tenía intacta hasta saber qué pasó con su hermana. En esos momentos le iba a dar su parte para que pudiera emprender su vida que en un principio sería al lado de él. No pensaba dejarla sola hasta verla totalmente preparada para comprarse una casa e irse a ella.

Pasé el día con él charlando y por la tarde nos despedimos. Prometimos quedar otro día para comer, estaríamos en contacto. Yo entendía que necesitaba su tiempo, que tenía otras prioridades y que era normal que no buscara más que un contacto de amistad conmigo en esos momentos, demasiado que me perdonó lo que hice.

Llegué a mi casa con los sentimientos a flor de piel. Rompí a llorar nada más entrar. Me sentía culpable por todo, tenía una sensación que no podía describir pero que me apretaba en el pecho.

Capítulo 10

Me levanté como alma en pena...

Así me sentía, llena de dolor, de rabia, de reproches a mí misma. Me tomé dos cafés mientras trabajaba y me sentía perdida. Ni más, ni menos.

Mi madre me llamó y le estuve contando. La pobre no daba crédito y empatizaba mucho con Brian y conmigo. Decía que la vida lo volvería a poner en mi camino, si tenía que ser para mí, lo sería.

—Mi vida, tiempo al tiempo. La cabeza de ese hombre es ahora mismo un hervidero, pero yo estoy segura de que todo va a volver a su sitio. Eso sí, tú tendrás que ser paciente.

—Yo no tengo prisa, mamá. Es más, si supiera que hay luz después del túnel, estaría dispuesta a permanecer en él todo el tiempo que fuera necesario.

—Pues nadie te dice que no la haya, mi niña. Hay que dejar las aguas correr...

—No sé qué haría sin ti mami. Te prometo que intentaré ir esta noche a estar con vosotros. Sé que llevo días diciéndolo y al final no lo he hecho, pero hoy me apetece especialmente.

—Sabes que con nosotros no tienes compromiso, pero no puedo negar que estamos deseando verte. Si vienes esta noche, nos darás una alegría a tu padre y a mí.

—Pues no lo dudes, mami—sonreí como si pudiera verme a través del teléfono.

Colgué y me quedé pensando en sus palabras respecto a lo mío con Brian. Ella no lo daba todo por perdido, ni mucho menos.

Yo no estaba segura de ello, más que nada porque pensaba que para él yo era importante, pero que ya no me veía con el deseo y la confianza de antes. Al menos en la complicidad, en otros temas me había demostrado el día anterior que era capaz de contármelo todo sin miedo.

Seguí trabajando. Cada día me gustaba más mi profesión y eso que no sabía que ese día venían curvas.

Me llamó uno de mis mejores clientes, hecho un auténtico basilisco.

—Julie, voy a prescindir de tus servicios y hasta es posible que te haga una reclamación judicial por daños y perjuicios. No me has liquidado bien los impuestos y ahora me veo en una situación de lo más desagradable con el fisco—esa fue su carta de presentación.

—Pues eso digo yo también, James, que buenos días—me mataba la falta de educación que demostraban algunas personas.

—No me vengas con monsergas. Me has metido en un lío y alguna responsabilidad tendrás al respecto. Están mal liquidados y ahora me va a costar un ojo de la cara entre el procedimiento y los intereses de demora y demás.

Lo ocurrido en mi vida en los meses anteriores me había servido para hacerme más fuerte de lo que jamás hubiera creído. En otro tiempo, una llamada así me hubiera sacado los colores y la preocupación me hubiera matado hasta dilucidar mi posible responsabilidad en el asunto. Ya no.

—Estoy segura de que eso no es así, James. Reviso minuciosamente cada declaración. Más bien diría que, si hay diferencias entre lo declarado y lo que te reclaman, te puedas haber equivocado al enviarme la documentación.

—¿O sea, que me la van a meter doblada y encima la culpa es mía? ¡Acabáramos!

—No quiero discutir contigo. No tengas duda de que, si finalmente el error es mío, mi seguro responderá, pero déjame decirte que lo dudo y no poco. Por favor, te sugiero que revises toda la documentación que me enviaste y la cotejes con la que efectivamente es objeto de la reclamación.

—Lo haré, pero no por nada, sino para sacarte de tu error. Vas a tener que pagar por esto, Julie.

No me gustaron sus palabras ni sus modos, pero en cuestión de cinco minutos volvió a llamarme.

—Julie, lo siento de corazón. Ha habido un lamentable error. Es cierto que no te envíe toda la documentación. Se me olvidó incluir la pertinente a una operación importante que es la que ahora me reclaman.

—Pues solo te lo voy a decir una vez, James. No me vuelvas a llamar con esos humos nunca. Hay muchos asesores y todavía muchos más clientes. Los dos somos prescindibles para el otro y no pienso tolerar tal comportamiento.

—Entiendo Julie. No volverá a ocurrir. Espero que puedas disculparme.

Me quedé más ancha que pancha. Había llegado un momento en mi vida en el que no pensaba aguantar que nadie me pisara. En ese sentido, había hecho un máster con Frank. Estaba naciendo una nueva y mejorada versión de Julie. Aunque no estaba en mi mejor momento, sí era más fuerte.

Ese día no tenía ganas de salir. Me llamó Katy, pero le dije que ni de bromas, que no me movía del dúplex, cosa que no le importó ya que dos horas después estaba con unas pizzas aporreando mi puerta.

— Si piensas que te vas a quedar sola vas apañada — dijo entrando hacia la cocina.

— Verás el culo que se nos pone con tanta pizza — volteé los ojos mientras la seguía.

— Abre esta botella, es Lambrusco, vino italiano.

— Sé lo que es el Lambrusco — reí.

— Entonces te llevó a su casa...

— Si, pero no pasó nada. No se le ve por la labor ahora de dar un paso. Está centrado en su hermana que es para él lo primordial en estos momentos.

— Normal, es entendible. ¿Pero ni un beso?

— Sí, dos, al despedirnos.

— Joder ya te podría haber dado uno de consolación.

— Con un buen abrazo me hubiera conformado.

— Habérselo dado tú.

— No — me senté en el taburete de la cocina — No pienso hacer nada que le pueda molestar o que no desee en estos momentos.

— Lo mismo lo desea...

— No lo sé, lo vi más una preocupación por tenerme cariño, que algo como deseo. No detecté esas miradas que antes me dirigía. ¡Qué gilipollas he sido! — negué reprochándome lo mal que me comporté en su día con él.

— Te engañaron, no lo hiciste queriendo.

— Pero no le di la oportunidad de defenderse.

— Te estabas protegiendo.

— Si, confiando en el mayor enemigo — resoplé enfadada conmigo misma.

— No te debes mortificar.

— Solo me reprocho mi actitud, más tonta y es para que me encerrasen de una vez.

— No digas tonterías.

— Es la verdad, no sabes lo mal que me siento con todo. Metí la pata y mucho.

— Todos en tu lugar hubiéramos hecho lo mismo.

— Joder, eso no es ser inteligente, eso es ser gilipollas y así fue mi comportamiento.

— Bueno, vamos a comer y deberíamos barajar la posibilidad de ir al cine y despejarnos.

— Paso, no me meto en una sala de esas ni de coña hoy.

— ¿Salir?

— No me apetece.

— No quiero verte así, Julie.

— Estoy mal, estoy triste, decepcionada conmigo misma.

— ¿Y crees que puedes arreglarlo mortificando tu mente?

— No lo sé, pero no me apetece salir, al menos hoy no.

Al final lo entendió, comimos juntas y luego se despidió. Quedamos en vernos en esos días para comer y pasear. Por supuesto que no iba a encerrarme, pero como mínimo ese día necesitaba paz y estar conmigo misma.

Me puse a limpiar como una loca. Escuchaba música, puse todo patas arriba, como mi vida, pero esta vez con la casa, así que limpié a fondo hasta el último rincón. Necesitaba mantenerme ocupada.

Me reí pensando que de buena se había librado Katy ese día. Si llega a quedarse y le pongo el plumero en la mano, me hubiera dicho de todo menos bonita.

Puse música e intenté evadirme. En algunos momentos lo conseguí. Necesitaba desconectar un poco. Lo dejé todo como los chorros del oro e incluso aproveché para cambiar algunas fotos. Era otra de mis manías, de vez en cuando cambiaba el repertorio fotográfico que tenía en los marcos de casa.

Cuando terminé de hacer todo aquello, caí rendida un rato en el sofá. Estaba dormida cuando de pronto me desperté muy sobresaltada. Parecía haber tenido una pesadilla que ni siquiera era capaz de recordar. Ni en sueños estaba tranquila, ¡vaya lata!

Por la tarde me llamó Pol. Estuve charlando con él. La verdad es que era una gran persona y se notaba preocupado por mí y por Brian.

—Me alegra muchísimo que como mínimo hayáis recuperado la buena onda, Julie. Siempre pensé que hacíais un buen equipo—el pobre ponía su granito de arena.

—Sí, estuvimos muy a gusto, y si al menos le sirvió para desahogarse un poco...

—Y no solo para eso, estoy seguro. Él tenía una espina clavada por lo que había pasado y vuestro reencuentro seguro que le ha venido fenomenal.

Nos despedimos, no sin antes agradecerle mucho lo que estaba haciendo por nosotros. Por había pasado en poco tiempo de cliente a amigo.

Luego recibí un mensaje de Frank por email. Me decía que con eso cesaba nuestro contacto, que no iba a mover ni un dedo más, que me deseaba lo mejor y que no iba a volver a aparecer por mi vida.

Ni que decirlo tenía, si aparecía iba a cobrar por todo junto, demasiado odio tenía hacia él en mi interior y eso que jamás odié a nadie. No cabía ese sentimiento en mí, pero en ese momento lo tenía hacia él.

Con aquel mensaje di por cerrado un capítulo de mi vida que había durado demasiado pero que me había dejado lecciones marcadas a fuego.

No le respondí. No quería hacerlo. Bloqueé su email directamente, al igual que su teléfono en mi móvil, en las redes que apenas yo usaba y en todos los lados. Ni entrar al edificio podría para coger el ascensor. Ya lo había avisado en conserjería y seguridad de nuevo.

Esa noche cogí el bolso y me fui a casa de mis padres. Tenía la necesidad de estar arropada por ellos, los necesitaba, era tal la tristeza que tenía que necesitaba sentirlos a mi lado.

Hablamos un rato mientras cenábamos. Mi padre con sus reflexiones y manera de hablar tenía una capacidad impresionante para hacerte sentir mejor, lo intentaba con todas sus fuerzas.

—Julie, cariño, Brian es un tipo inteligente y sabe perfectamente que los dardos lanzados por Frank estaban envenenados. Es mucho el daño que ha hecho este hombre, pero en el fondo es él quien más se ha perjudicado. Ahora ya sois muchos los que sabéis de qué pie cojea...

—Es verdad papá, pero el mal que ha sembrado...

—Intenta revertir ese mal en cosas positivas y el karma te premiará, mi niña. No lo dudes. Ahora tienes que permanecer fuerte. Frank ya no es nada en tu vida. Ni siquiera debes odiarle. El odio no genera nada bueno...

—Pero tampoco puedo perdonarlo, papá, me ha perjudicado demasiado.

—Pues entonces, siempre que pienses en él, hazlo con indiferencia y eso te colocará en una postura muy superior con respecto a ese maldito...

Me daba rabia estar así, pero me lo tenía merecido. Me daba mucho miedo caer de nuevo en una ansiedad con un poco de depresión como padecí la anterior vez en la que durante un tiempo era una muerta en vida. No quería volver a ese estado, pero era tal mi sentimiento de culpabilidad que no me sentía capaz de encontrar nada bueno en todo lo que había hecho y en cómo había actuado.

Esa noche me acosté dando vueltas al coco. Soñaba con el hecho de que todo se arreglaría y que volvería a estar con mi gran amor Brian, pero algo me decía que él había cambiado y que no existía posibilidad de nada de eso. Solo la tenía de soñar. En el fondo me lo tenía merecido por el dolor tan grande que había causado.

Me estaba planteando seriamente eso que me había dicho Katy de irnos unos días por ahí. Veía que esa sería una buena ocasión para reflexionar, intentar perdonarme y volver al menos con otra actitud. Me iba a costar mucho trabajo levantar cabeza, pero tenía que intentarlo.

Por otro lado, me encantaría ayudar a Brian con el tema de su hermana, pero sabía que yo no pintaba nada y que no debía meterme donde nadie me llamaba.

Al fin y al cabo, por mucho que quisiera lo mejor para ambos hermanos, lo mejor que podía hacer era mantenerme al margen y dejarlos a ellos en su más estricta privacidad. Era lo que necesitaban en esos momentos, estar ellos juntos y olvidar todo lo demás, así que entendía la situación y la respetaba. No quedaba otra.

Capítulo 11

Me desperté y fui directa al jardín donde estaban mis padres desayunando.

— Buenos días, hija — dijeron de forma sincronizada y me acerqué a besarlos.

— He dormido mejor de lo que esperaba. Esta casa es como el agua bendita.

— ¿Te volviste cristiana por fin? — preguntó mi madre bromeando.

— Sí, ahora voy a ir a misa.

— Y repicando — seguía con la broma.

— O andando, pero voy — le saqué la lengua — Estoy pensando en irme de viaje con Katy unos días.

— Esa es una buena idea — intervino mi padre mientras me ponía el café.

— ¿A qué lugar, hija? — preguntó mi madre acariciando mi mano.

— Ni idea, pero ya veremos.

— Está bien, pero hazlo. Te vendrá bien despejarte.

Pasé la mañana con ellos. Me vino fenomenal estar al aire libre y ayudé a mi madre con otra de sus grandes pasiones: la jardinería. Ella era una persona con múltiples hobbies.

De pequeña siempre me resultaba sorprendente el hecho de que jamás estuviera sin hacer nada. Sus aficiones se contaban por montones y a todas les ponía muchísima pasión: la jardinería era una de las principales.

De hecho, fue la protagonista de uno de los momentos más emocionantes que viví en mi adolescencia. Fue durante un viaje que mi madre hizo para visitar a una prima suya que cayó enferma, cuando mi padre se apresuró a encargarse de que construyeran un vivero que estuviera

acabado cuando ella llegara.

Se me vino a la mente aquel momento tan bonito y no pude evitar comentarlo con ella, mientras la ayudaba a trasplantar unas preciosas y coloridas rosas de una maceta a otra.

—Mamá, me estoy acordando como si fuera ayer de la cara que pusiste cuando llegaste a casa de tu viaje y viste el vivero levantado.

—Ese fue un sueño, mi niña. No tendré palabras para agradecerle a tu padre. Es un hombre muy especial. Siempre se ha desvivido por darnos todo lo que hemos querido.

—Pues sí, mamá. Creo que te tocó la lotería el día que lo conociste—suspiré pensando en que Brian también podría haber sido ese tipo de hombre.

Mi madre, con su característico sexto sentido, no debió tardar en captarlo, así que rápidamente le quitó hierro al asunto.

—Así que a mí me tocó la lotería, ¿y a él no? —bromeó.

—Claro que sí mami, pero tú me has entendido...

—Ya te salió el “mami”, que es más zalamero. No intentes arreglarlo, anda—siguió intentando hacerme reír.

—¡Haya paz! —dijo mi padre que traía una gran maceta que debía pesar un quintal.

—Papá, ¿ahora te has metido también a jardinero?

—A mí ya sabes que estas historias ni me van ni me vienen, pero todo sea por ver a mi bellísima esposa feliz.

—¡Otro zalamero! —exclamó mi madre. No si es que no hay duda de que “de tal palo, tal astilla” —soltó mientras se limpiaba las manos.

—Cambiemos de tema que todavía nos llevamos un repaso, Julie—mi padre sabía llevarla mejor que nadie—¿Te quedas a comer?

—Creo que sí.

—Pues mucho mejor porque no sé por qué me ha salido en tono interrogativo. En realidad, era una afirmación: te quedas a comer.

—Pues no se diga más. Os ayudo...

Nos metimos todos en la cocina y ayudé a mis padres a preparar unas costillas a la barbacoa que olían a gloria. Pese a que yo seguía sin apetito, allí tenía que hacer un esfuerzo para no levantar demasiado la liebre y aquel plato ayudaba.

—¿Quién quiere un delicioso y fresquito zumo de frutas? —preguntó mi padre mientras las costillas se asaban, licuadora en mano.

A esos nos apuntamos todos y brindamos con zumo natural entre risas.

Después de comer me senté un ratito con ellos en el sofá. Me había aficionado a que me acurrucaran y no tenía ganas de irme, pero sabía que debía levantar el vuelo.

Me despedí de ellos con la promesa de seguir manteniéndolos al corriente de todo y me dirigí hacia mi dúplex. Por el camino aproveché para llamar a Katy.

— Vámonos de vacaciones — solté antes de que me saludara.

— ¿Dónde hay que firmar? — preguntó emocionada.

— Me vale con tu palabra de que nos pondremos ya manos a la obra para decidir un destino y pillar los vuelos. Ya estoy dispuesta a colaborar en la elección. No te voy a dejar con todo el peso del asunto.

— ¿Mar, ciudad, montaña...?

— Ciudad no, montaña ni de coña, quiero playa.

— A cualquier sitio menos a República, allí te llevaré cuando vuelva al trabajo.

— Totalmente de acuerdo — conducía emocionada.

— Recógeme, me invitas a una cerveza y decidimos el lugar.

— En cinco minutos andaré por tu casa. Te espero abajo, estoy cerca.

— Me sobran dos.

— Para chula tú.

— No lo dudes — rio y colgó la llamada.

No quería estar en la ciudad, esa era la realidad. Sabía que me esperarían días duros sobre todo por las ganas de llamar a Brian y mandarle mensajes. Me contenía de hacerlo a cada momento, pero entendía que tenía ahora una prioridad que era Elle y ante eso no se podía anteponer nada ni nadie.

Llegué donde Katy y ya estaba en la calle.

— Vas a flipar en colores — se montó en el coche.

— ¿Qué pasa?

— Me llamó esta mañana Frank. No te lo quise decir antes.

— ¿Para qué?

— Para pedirme que te cuide y que le perdone todo el daño que te había hecho.

— Es un desgraciado.

— Yo le dije que no me tenía que decir que hacer contigo cuando él no lo supo hacer y que, como me volviera a llamar, le plantaría una denuncia por acoso.

— ¿Te acosó?

— ¡No! — rio — pero para chula yo.

— Es un cerdo — negué incrédula.

— Antes de colgarle me dijo que entendía que yo estuviera así, pero que no te iba a molestar jamás y que me quedara tranquila por ello.

— Ahora quiere ir de arrepentido. Es para flipar.

— Ese tiene que estar que se le cae la cara de vergüenza. Y sí, ahora parece que va de hermanita de la caridad, el muy indecente.

— No la conoce... La vergüenza digo. Y la caridad tampoco. Es una joyita.

— Eso también, pero bueno que le den. Ya hemos malgastado varios minutos en hablar de ese crápula. Vamos a lo importante.

Aparqué el coche y salimos hacia una de las terrazas que había en ese lugar. Nos sentamos y pedimos dos cervezas.

La tarde estaba de lujo. El sol resplandecía y volvía a recordarme una vez más por qué la primavera en New York me había vuelto desde siempre literalmente loca.

— Entonces ¿Dónde nos vamos? — pregunté chocando su copa con la mía.

— Quieres playa, así que hay multitud de opciones. Miami, Barbados, Costa mexicana, Cuba, Puerto Rico, Dominica, Aruba, Polinesia, Maldivas...

— ¡Ya! No me da tiempo a pensar con tanta información a la vez — volteé los ojos.

— Puerto Rico es de donde salen la mayoría de los cantantes latinos que están para chuparse los dedos. No digo nada — levantó las manos.

— No sé, quiero alto que yo diga ¡wow!

— Julie, por favor, cualquiera de los sitios que te dije son dignos de un wow de esos — negaba.

— Pues no me producen un wow — le saqué la lengua.

— A ti lo que pasa es que tienes sentimientos encontrados. Por un lado, te quieres ir y por otro, te da terror hacerlo por si Brian te quiere ver o algo parecido.

— Es verdad.

— Pues olvida el wow y decide dónde, pues ir, nos vamos y si hay que ir llorando, también — sonreía.

— Me da igual, busca algo de una semana y allí vamos de cabeza.

— ¿Lo dejas a mi elección? ¿Otra vez?

— Totalmente.

— Pues solo te diré el día y hasta que no lo veas en el aeropuerto no sabrás nada. Ya no vamos a ir más para adelante y para atrás. ¡Ya está bien de cachondeo!

— Sin problema, si hay que ir al Congo se va — reí.

— Pues déjalo en mis manos que voy a buscar algo — aplaudía feliz.

— Por lo menos una semana con antelación, por lo menos — advertí — El trabajo lo tengo que dejar muy replanteado. No quiero ir con él a costas.

— Ni yo te lo permitiría. ¡Faltaría más!

Estuvimos un buen rato juntas. Después la llevé a su casa y quedamos en que me mantendría informada de las fechas, además del precio para darle mi parte.

Llegué a mi dúplex emocionada, pero a la vez nerviosa. El hecho de no saber nada de Brian en todo el día me entristecía. Me hubiera gustado que me mandara un mensaje al menos deseándome

un buen día o preguntándome cómo estaba. Yo no me atrevía a hacerlo.

Me tumbé un rato en el sofá viendo la tele. No tenía sueño y además era temprano. No paraba de hacer *zapping*. Estaba un tanto inquieta y nada de lo que emitían me encajaba.

Me levanté y cogí uno de mis libros preferidos, uno de esos que había releído varias veces en la vida y que podría hacerlo otras tantas, pero tampoco me sedujo el plan.

Pensé en meterme en la ducha, que era lo que hacía últimamente cada vez que necesitaba desconectar. Estuve bajo el agua el rato suficiente para comprobar que mis dedos se habían arrugado como garbanzos.

Una hora después ya me estaba llamando Katy. Había visto algo emocionante. Le pregunté el precio y estaba muy bien, así que le dije que para adelante y le puse una transferencia a su cuenta. Se trataba de un resort perteneciente a su cadena y nos salía muy barato. ¡Teníamos más suerte que un quebrado!

En diez días nos íbamos, así que quería empezar a tomármelo como algo especial, como una ilusión. Tenía que soltar esa tristeza que embargaba mi alma.

Eso sí, no pude evitar acordarme de que, la última vez que partí sin rumbo conocido a un viaje, fue en compañía de Brian, cuando fuimos a la isla de Curazao. Aquel recuerdo me dio un pellizco en el estómago.

Lo de la llamada de Frank a Katy me pareció también de lo más patético. Aún estaba en shock por ello, pero lo único que quería era no saber de él más en mi vida, que desapareciera del mapa, lo detestaba demasiado.

Mientras escuchaba algo de música, seleccioné en las páginas web de algunas de mis firmas de ropa de baño predilectas varios bikinis y complementos para la playa. Hice el pedido sin pensar. Quería estrenar diversos conjuntos completos allá donde fuese.

En ese momento me llamó Judith, a la que llevaba unos días sin ver, pese a mantenerla puntualmente informada de cuanto estaba ocurriendo en mi vida.

—Así que esta vez te vas sin mí, pillina. Te vas a librar porque no tengo días libres que, si no,

me metía en tu maleta.

—La lástima es que no los tengas, pues hubiera sido una gozada irnos las tres. Eso sí, para República te espero.

—¡Ahí voy sí o sí! Y más con lo bien que me has contado que se lo monta Katy. Vamos a estar como diosas, vaya... De todos modos, disfruta estos días al máximo allá donde te lleve. Y acuérdate de las pobres. ¡Manda fotos, condenada! —soltó entre risas. Era otra gran amiga. No podía quejarme.

Me fui a la cama después de un buen rato en el sofá y antes de dormir miré el móvil. Tenía un mensaje de Brian y me puse nerviosa a más no poder. ¡Eso sí que era emoción en estado puro!

“Buenas noches. Espero que estés bien. Elle está avanzando bastante, hasta el punto de que en cinco días se viene tres días para casa y luego se va diez días a casa de mis tíos ya que ella los quiere mucho y le vendrá fenomenal. Es bueno que le dé el aire. Aprovecharé para ir a Bruselas a hacer unas gestiones. Más adelante me gustaría que la conocieras. Es una gran persona como tú”

Me emocionó mucho ese mensaje. Le contesté que cuando quisiera y que esperaba que a él también le viniera bien el viaje.

Capítulo 12

Habían pasado diez días desde que concertamos ese viaje a no sabía dónde. Diez días en los que Brian y yo nos enviamos algún que otro mensaje.

Elle ya estaba con sus tíos que vivían también en New York y Brian estaba a punto de salir para Bruselas. En esos mensajes nos profesábamos cariño, pero nada más.

Lloré más de una vez esos días pues lo amaba y desde que descubrí lo sucedido me di cuenta de que más que nunca, pero yo la cagué y era dueña de mis decisiones cuando hice lo que hice. Tocaba apechugar.

Costaba, pero ahí estaba, a punto de salir por las puertas de mi casa y sumergirme en un viaje que esperaba que fuera el comienzo de un sentimiento mejor, que me permitiera perdonarme a mí misma.

Un taxi me esperaba. La noche anterior había dormido Katy en casa de una prima suya y salía de allí directa al aeropuerto. Quedamos en una de las entradas y allí nos veríamos.

El taxi me dejó en el lugar del aeropuerto acordado. Me acerqué al área de fumadores y me encendí un cigarrillo. Estaba de los nervios, deseando saber cuál era el destino.

Conociendo a Katy me iba a hacer esperar un rato.

— ¡Ya estoy aquí! — gritó la loca de mi amiga desde la ventanilla del taxi que llegaba.

— Hombre, pensé que me iba sola.

— Claro, pero tendré que acompañarte al destino para asegurarme de que llegas — me echó la mano por encima y besó mi mejilla.

— Anda, anda, tira para dentro — apagué el cigarro.

Nos fuimos a facturar y me quedé toda loca al descubrir que nuestro destino era la isla de Martinica, situada en el mar Caribe y que forma parte de las Antillas Francesas.

Pasamos el control policial y nos fuimos a buscar la puerta de embarque.

— Estoy de los nervios — dije cuando después de dos horas por fin estábamos en el avión.

— Calla que no eres la única — se puso a tocar las palmas.

Pasamos el vuelo alborotadas, nos hicimos mil *selfies* y nos bebimos dos copas de vino.

Aterrizamos y nos estaban esperando para el traslado hacia el resort. Por supuesto todo en las mejores condiciones ya que Katy era directora de un hotel de la misma cadena.

Aquello era precioso. Iba embobada mirando por la ventanilla del coche cuanto aquel lugar nos ofrecía: el mar, su gente, el color. El conjunto solo podía calificarse de impresionante.

En mi mente tenía a Brian para qué iba a mentirme. Era la persona que más deseaba en este mundo y la había perdido por tonta, o mejor dicho, por gilipollas.

Llegamos al resort y me quedé sorprendida. Era una cucada, con mil detalles dispuestos estratégicamente para enamorar a primera vista.

Nos recibieron con un coctel y con muchas atenciones. Después nos acompañaron con las maletas hasta nuestras habitaciones, situadas en un edificio de una sola planta. Nos dieron dos, una para ella y otra para mí, puerta con puerta.

— ¿Dos habitaciones? — le pregunté cuando se fue el chico de las maletas.

— Soy directora — sonrió feliz — pero si por la noche quieres dormir conmigo, sin problemas — me sacó la lengua.

— Anda y que te den, coloco todo en el ropero y ahora nos vamos a la playa.

Playa, bonita palabra, además en primera línea. Desde la habitación se podía saltar a la arena casi, aquello era un paraíso terrenal.

La habitación era gigante, con una cama en la que cabían perfectamente cuatro personas,

además de una nevera con todo tipo de bebidas frescas y un baño gigante. La terraza no era grande pero perfecta para tomar algo plácidamente en ella. Además, tenía una mesa con unas sillas bastante cómodas.

Coloqué todo, me puse el bañador, un pareo por las caderas y lista para disfrutar de aquel lugar.

Tres golpes en la puerta de Katy y abrió.

— Venga, vamos para la playa — aplaudí emocionada.

— Ve bajando tú y te pides un coctel ahora voy yo. Tengo que hacer una llamada y tardaré un rato.

— Vale, me pongo donde el bar de la playa.

— Claro — me hizo un guiño.

Me fui directa para ese bar. En él había alrededor de la barra unos columpios colgantes. Me encantaban, así que me senté en uno de ellos.

— Buenas tardes ¿Qué le pongo? — sonreía el chico detrás de la barra muy amable.

— Buenas tardes, pues cualquier coctel que sea estrella — reí.

— Que sean dos, por favor — una voz poniéndose en el columpio al lado del mío.

— ¡No! — grité al ver a Brian sentándose a mi lado sonriente.

— Si — se encogió de hombros y agarró mi mano que estaba en la barra y se la llevó a los labios.

— ¿Qué haces aquí? — mis ojos comenzaron a lagrimear.

— Dame un beso anda — me puso su mejilla y me abalancé a abrazarlo.

— ¿No te ibas a Bélgica?

— ¿Yo? — arqueaba la ceja.

— Me habéis engañado Katy y tú — negué sonriente y feliz.

— Efectivamente — me hizo un guiño — Yo tuve que llegar anoche pues no había plaza en vuestro vuelo, así que os llevo ventaja.

— No me lo puedo creer — di un trago al coctel que nos habían acabado de poner — ¿Y tu hermana?

— Feliz, con mis tíos, se le ve de aspecto mucho mejor. Ella pone mucho de su parte, quiere olvidar rápido el pasado — sonreí con un poco de tristeza.

— Eres un campeón, una persona de admirar.

— No, cualquier persona hubiera hecho lo mismo que yo.

— No sé yo. Te prometo que te admiro más de lo que imaginas.

— Yo también a ti — puso su mano en mi cabello y le hizo una caricia.

— ¿Y este que hace aquí? — preguntó bromeando Katy.

— Bien que me has engañado — reí.

— Pues calla que te tapé una buena. Ahora voy a por Sandra al aeropuerto, que llega desde Orlando.

— ¿Tu amiga Sandra?

— Sí, así que mientras tú te lo pasas pipa con este bombón, yo me lo voy a pasar en grande con ella.

— Todo lo tenías planeado — negué riendo.

— Y este, y este — le puso la mano en el hombro a Brian que sonreía escuchándonos.

Se pidió un coctel y se sentó al lado mía, en otro columpio.

— No entiendo como os pusisteis en contacto el uno con el otro. No entiendo nada, pero me habéis sorprendido y mucho — reí poniendo cada una de mis manos en sus piernas.

— Somos tu sombra, así que menos preguntas y a disfrutar — se lo bebió de un trago — Me voy a por Sandra, disfrutad de las vacaciones que ya lo hago yo con ella.

No entendía nada, pero nos dio un beso a cada uno y se fue. Parecía que mis vacaciones no iban a ser con ella, sino con el hombre dueño de mis pensamientos y corazón.

— Me vas a tener que explicar todo — reí mirándolo.

— Pregunta lo que quieras — arqueó la ceja sonriente.

— ¿Quién planeó esto?

— Tu amiga — se encogió de hombros.

— ¿Y cómo te dijo o hablaste con ella para venir?

— La localicé yo. El problema es que te dije lo de Bruselas como trampa para hacerte venir conmigo unos días y entonces me soltaste esto, así que me puse manos a la obra para hablar con ella y conseguir sorprenderte. Yo quería pasar unos días a tu lado — me agarró la mano encima de la barra y me la apretó con cariño.

— Yo me quedo muerta — reí nerviosa.

— ¿Te gustó la sorpresa?

— Me encantó, nadie mejor que tú — sonreí emocionada.

— Me alegra que así sea — cogió un trozo de carne que nos habían puesto sobre la barra ya

que estaban haciendo una barbacoa en el lugar.

Comimos un poco y luego nos fuimos a unas hamacas con dos cervezas bien frías.

— Te juro que lo último que esperaba era a ti aquí.

— Mujer de poca fe.

— Bueno, no sé ni cómo me hablas, partamos de esa base.

— No digas tonterías, el rencor no habita en mí.

— Eres de lo mejor que he conocido.

— Tú también y no te pongas melancólica.

No me podía creer que Brian estuviera allí, a mi lado, en esas vacaciones. Aquello parecía como sacado de una novela de ciencia ficción, era sorprendente.

Tras un rato charlando con cierta melancolía nos fuimos al agua. El mar era un plato, lo mejor de todo que Brian era él, no ese chico ido que estuvo conmigo en Curazao, aquel que miraba a todos lados con esa necesidad de ver algo, de dar respuestas a todo aquello que pasó.

Y fue allí donde sonriente me agarró por los hombros y me miró fijamente. Luego desplazó sus manos a mi cintura y me pegó a él para fundirnos en un beso, ese que hizo que todas las mariposas de mi estómago salieran revoloteando en dirección al resto de mi cuerpo.

— Te amo — susurré mirándolo fijamente. Me salió de lo más adentro de mi ser.

— Yo también — sonrió con ese brillo en los ojos y me besó.

Nos fundimos en un abrazo de esos que calman el alma, que te hacen sentir que no acabó aquello que empezó en esa comida en casa de Pol y que el destino parecía ser que estaba encaprichado en darnos una segunda oportunidad. Una que por nada del mundo y bajo ningún concepto volvería a estropear, así me dijeran que era el mayor mafioso de toda la Gran Manzana, cosa que no era, pero que jamás dudaría más de él.

Pasamos la tarde en la playa, descansando, tomando algún coctel, sin ganas de salir, era todo distinto a Curazao, no había necesidad de pasear por la isla. Eso sí, lo haríamos en los siguientes días, pero ya no había una obligación emocional, más que estar los dos juntos disfrutando del sol, del mar, esas cosas que nos gustaban y llenaban.

Yo me trasladé a la habitación de Brian y mi amiga volvió con Sandra. Esta se pilló la mía.

Los cuatro nos fuimos a cenar a un restaurante asador en el resort. Katy era el alma de la fiesta, nos hizo reír muchísimo además de que comenzamos a beber vino y eso a nosotras nos ponía de lo más graciosas.

— Yo solo digo que faltan dos buenorros para Sandra y para mí.

— A mi déjame, que ya me busco un buenorro o no, pero lo que sea, estoy en época de sequía.

— Vaya dos, disfrutar sin pensar en los hombres — reí.

— Quién fue a hablar, la que va a dormir calentita — respondió Katy causando unas risas a los tres.

— ¿Yo? Con el buen aire acondicionado que hay en la habitación ¡Qué cosas tenéis! — bromeé.

— Ya, ya, mira lo bien que se hace la loca — respondió Katy.

— Mejor nos callamos — intervino Sandra — mira el pobre chico que bastante tiene con aguantar a una como para encima tener que cargar con tres.

— Ah no, tranquila, yo sin presencia de mi abogado no hablo — sonreía.

— Eso es un hombre, si es para comérselo. Desde luego que como la capulla esta te dé un solo dolor de cabeza ¡me la cargo! — bromeó Katy refiriéndose a mí.

— Yo soy un amor — hice gesto de tristeza.

— Y yo soy la mujer del presidente del gobierno de los Estados Unidos — nos miramos los tres riendo — Bueno no, que ese es muy feo y me cae como el culo.

Tras la cena nos fuimos a tomar unas copas a uno de los bares que había en el jardín. La noche invitaba a disfrutar de ella. El resort estaba muy animado y la música ambientaba el momento.

Ya bastante achispados nos despedimos y nos fuimos a la habitación.

Y pasó...

Caímos desnudos rendidos el uno ante el otro, bajo el control de sus manos sobre mi cuerpo, haciendo que llegara a ese momento de excitación plena. Yo me dejaba llevar por él. Hacía tanto que lo deseaba que disfruté como si fuera la primera vez.

Fue todo un espectáculo de seducción, de excitación de todo aquello que solo Brian sabía provocar en mi cuerpo.

Capítulo 13

— Buenos días, preciosa — me daba dulces besos entre sonrisas.

— Buenos días, bombón — pegué mi cuerpo al suyo.

Sus manos se desplazaron a mi glúteo e hizo fuerza para que me rozara con su miembro, ocasionando así un brutal orgasmo.

Me subí encima de él ante esos ojos que desnudaban mi alma. Comencé a moverme como si fuera una amazona, mirando su sonrisa y esas expresiones de deseo mientras él apretaba mis pechos con sus manos.

Aquello me estaba haciendo sentir la mujer más afortunada del mundo. La vida me daba de alguna manera muchas oportunidades y esta realmente casi que no la esperaba.

Terminamos ese acto que duró como una hora. No teníamos prisa, nos dejamos llevar y disfrutamos como dos personas que se aman y desean de verdad.

Nos fuimos a desayunar a la terraza de un restaurante. Mi café era mi café, y hasta mi cigarro, ese que me recriminaba con la mirada Brian y yo me hacía la loca.

Mientras desayunábamos recibió una llamada de Elle. Me encantaba ver la sonrisa que asomaba en su cara, con el amor que le hablaba a su hermana y esa complicidad que se notaba entre ellos a pesar de yo no escucharla a ella.

— Se ve que está feliz.

— Imagino, solo con escuchar tu tono y contestaciones me lo imagino y eso que pasó muy poco tiempo.

— Es muy fuerte, pensé que la iba a encontrar más frágil, consumida, rota y es ella la que me intenta animar, pone de su parte para salir de eso rápido. El tiempo en la clínica le vino genial. Fueron unos días en los que ella se quitó muchos miedos y ahora con mis tíos se nota que está muy

arropada y mimada. La están cuidando mucho.

— Se me ponen los vellos de puntas.

— Ella va a salir de esta, lo sé.

— Pues claro y más con todas las personas que tiene a su alrededor, sois eso que necesita en estos momentos.

— No se merece menos.

— Pues claro, además ese brillo en tus ojos es diferente, especial. De verdad no sabes cuánto me alegro de que la hayan encontrado, de que esté a vuestro lado.

— Lo de mis padres le causó mucha tristeza y dolor, pero sé que ellos donde se encuentren deben estar aplaudiendo y felices.

— Por supuesto.

— Ella me contó que tenía miedo a eso, a enfrentarse algún día a todo y saber que alguien faltaba en su vida.

— Pobre, no me quiero ni imaginar la de cosas que le mortificarían.

— Muchas, pero sus ganas de vivir eran más fuertes que todo eso.

— Increíble.

Increíble era la palabra...

De allí nos fuimos a la playa. Era nuestro momento de disfrutarla y eso me encantaba: estar ahí con él, frente al mar, bañándonos, tomando un vino, con esas miradas, con ese amor que desprendíamos el uno por el otro y que se palpaba claramente.

A la hora de la comida nos comimos un marisco fresco, una langosta que pesaba bastante, preparada de manera muy cuidada. Me encantaba aquel lugar, aquellos momentos.

La tarde y los dos siguientes días fueron de playa. Las chicas no sabíamos dónde estaban. Iban por libre, pero sabíamos que se lo pasaban pipa, pues nos las encontrábamos por la noche y nos saludaban rápidamente con esa sonrisa de pícaras.

Un día alquilamos una moto de agua y pasamos una hora muy divertida. Me encantaba estar agarrada a él y disfrutando de ese mar en calma que teníamos a nuestra merced. Además, Brian era precavido, nada alocado y eso me aportaba mucha más seguridad.

Lo bueno de todo es que en la isla predominaba el francés y yo tenía un poco de conocimiento y Brian lo hablaba a la perfección, ese y varios idiomas.

Martinica es uno de los destinos menos conocidos de la república francesa y forma parte del archipiélago de Antillas menores del mar Caribe, pero pertenece a Francia y la moneda que se utiliza no es el dólar, sino el euro.

Un lugar que nos dio por recorrer los siguientes días para descubrir ese paraíso de playas vírgenes, aguas cristalinas y un lugar donde nos pudimos dar el placer de hacer snorkel día tras día.

También estuvimos por el interior de la isla con el coche que alquiló Brian. La única manera de moverse por allí, pero era una de las mejores experiencias, ya que las carreteras eran preciosas y recorrerlas constituía todo un espectáculo para la vista por la belleza que rebosaba su naturaleza.

Brian era pura vida, además estaba guapísimo con ese moreno espectacular que habíamos pillado, aunque él también me veía así pues no paraba de recalcármelo.

El último día en la isla fue especial. Me desperté y me quedé impresionada al ver el desayuno en la parte de la sala de la suite de Brian, con un ramo de flores y unas letras de unos treinta centímetros de madera sobre la mesa TAS, era evidente que significaba que me amaba para siempre.

— No merezco tanto — puse mis manos en la boca emocionada.

— Te mereces esto y más — me agarró por detrás y besó mi mejilla.

— ¿Cómo puedes ser tan gran persona?

— Me haces serlo — me abrazaba con mucho cariño.

Nos sentamos a desayunar. Yo no dejaba de oler ese precioso ramo de flores y mirarlo con esos ojos de amor que eran el reflejo de lo que sentía mi corazón.

Lo miraba y no podía creerme los días tan bonitos que habíamos pasado. Por un lado, me daba mucha pena la vuelta al día siguiente ya que no sabía qué pasaría con nosotros. De todos modos, algo me decía que esto solo era el comienzo de algo muy bonito entre los dos.

Ese día estuvimos de lo más divertidos, comenzamos a beber chupitos y cocteles, así que estábamos muy bromistas.

Por la noche quedamos en cenar con las chicas y eso hicimos, una cena en un restaurante muy bonito de una playa de esas apartadas.

Estuvimos toda la noche contándonos cómo nos habían ido las vacaciones en aquella isla. Por suerte, las dos se lo habían pasado de muerte.

Pasamos una preciosa velada, donde las risas y los buenos momentos no faltaron. Era la mejor despedida de unas vacaciones que habían abierto mi corazón y sobre todo esperanzado a mi alma.

Capítulo 14

Abrí los ojos con los primeros rayos del día y pensé que aquel era el amanecer más bonito que jamás hubiera visto en New York.

No me costó nada levantarme. Lo hice de un brinco y, café en mano, me fui hacia las cristaleras. La claridad entraba a raudales y mis pilas estaban más que cargadas.

Mi sensación era de paz y a mi mente afloraron la enorme lista de preciosos recuerdos del que sin duda había sido el viaje más feliz de mi vida. Y ahora, ¿qué me depararía ese radiante sábado?

No tardé en salir de dudas. Mensaje de Brian.

“Buenos días, preciosa. Me he despertado con ganas de que las dos mujeres más importantes de mi vida se conozcan. Esta tarde lo veo genial. ¿En mi casa a las 6?”

Mi respuesta salió a la velocidad del rayo.

“Buenos días, guapísimo. Allí estaré. Es el mejor plan posible para hoy”

Aquel mensaje era la prueba evidente de lo que ya ambos sabíamos: no podíamos prescindir el uno del otro.

Miré la nevera y daba más pena que frío, así que elegí ropa cómoda e informal y me dispuse a ir al super. Además, ya volvía a tener mis ganas de comer habituales y quería almacenar en casa de todo por aquellos días en los que el trabajo no me permitía moverme.

Bajé la calle y, el primer destino fue a tiro hecho. Miré por los ventanales de su local y ella estaba a tope, pero Judith me vio y me hizo una seña para que entrara.

—Mírate, no puedes venir más guapa, ¿te has traído todo el sol para ti? Puñetera, has venido a darnos envidia a las demás.

—No me puedo quejar, amiga. Han sido los días más increíbles de mi vida—yo ya la había puesto al corriente por WhatsApp durante el viaje de que Brian había venido conmigo.

—¡Es que si te quejas es para darte una somanta de palos! Te veo pletórica. ¿Dónde vas?

—A comprar algo de comida y de vuelta a casa. Esta tarde he quedado con Brian para conocer a Elle. Estoy hasta nerviosa.

—¡No me lo puedo creer! Vas a conocer a “tu cuñada...”

—Mujer, no diría yo tanto—la cara se me iluminó al escuchar esas palabras.

—No diría yo tanto, no diría yo tanto... tú y tu prudencia—rio—Ahora que una cosa te digo, tengo citas hasta las dos. Ve a comprar y deja lo que sea en casa. Vente a esa hora y te peino para que estés divina el fin de semana. Y así comemos juntas y me lo cuentas todo con pelos y señales.

—Fenomenal. Así matamos dos pájaros de un tiro.

Salí de allí y me fui a hacer mis compras. Después de visitar el supermercado, donde dejé encargada la compra para que me la llevaran a casa, me dirigí a la tienda de delicatessen del barrio. Iba con un objetivo concreto.

¡Bingo! La tenían. Pedí la caja más grande de aquellos bombones. El caso es que el chocolate que buscaba era el preferido de Elle. Pedí que me la envolvieran para regalo y salí con aquella caja como si de un tesoro se tratara.

Brian me había contado que esos bombones habían sido como un símbolo de esperanza en su casa durante años. Cuando Elle partió rumbo a la isla de Curazao, dejó una caja a medias que su madre había guardado con mimo. Por lo visto, era como si pensara que ella volvería para comérselos.

Llevé los bombones en casa. Ordené un poco el tema de la ropa que había traído del viaje y demás. Puse colada y cogí un recuerdo que le había comprado a Judith. Entre pitos y flautas ya eran casi las dos. Bajé.

Judith se acababa de quedar sola en ese justo momento. Nos fundimos en un fuerte y emotivo abrazo y pedimos que nos trajeran unos sándwiches de un sitio de comida rápida cercana que nos encantaban.

Le conté que nuestra estancia en Isla Martinica no podía haber sido más formidable y ella se alegró mucho. Me pidió todos los detalles de aquel lugar tan encantador y de cómo se había desarrollado todo con Brian y yo me recreé en contárselo, con el corazón palpitante. Después le di su regalito.

Me cortó un poco las puntas y me hizo un alisado monísimo. ¡Quería beberme el fin de semana sorbo a sorbo!

A las tres recibí un nuevo mensaje de Brian:

“Contando las horas. Deseando verte, preciosa”

Estaba en una nube. A las cinco comencé a arreglarme. Elegí una falda larga plisada de esas que tanto se llevan ahora, que combiné con un top de tirantes y puntillas de encaje blanco en el escote. Unas sandalias blancas de tacón ancho y cómodo ponían el colofón al conjunto.

Conduje con nervios. Entré en la casa.

Allí me esperaba Brian con Elle, quien vino hacia mí tan pronto bajé del coche. La primera sensación que me dio es que era el cariño personificado. Puse la caja de bombones en manos de Brian para que se la diéramos más tarde.

—Yo soy Elle. Brian me ha hablado muchísimo de ti, Julie.

—Pues no sabes lo que me ha hablado a mí de ti, Elle.

Nos fundimos en un bonito abrazo en el que parecía que pasábamos a ser de dos desconocidas a amigas.

Cuando nos separamos, Brian se acercó a nosotras.

—Ya veo que no necesitáis presentaciones—nos abrazó a ambas a la vez—Entremos, por favor.

No le faltaba un detalle a mi chico. Lo tenía todo. Nos había preparado una merienda sensacional en la terraza.

Desde el primer momento, Elle y yo conectamos de una forma sensacional. No sabía ni cómo definirlo. Era una persona especial, lo mismo que sucedía con su hermano. De hecho, se parecían mucho tanto en el físico como en el carácter.

Lo primero que me llamó la atención de ella era que la horrible vida que había llevado en la última década, no había hecho mella en su cuerpo, pues tenía un aspecto jovial, además de que era guapa hasta decir basta.

Si tuviera que relacionar algo con aquello, destacaría un toque melancólico en su mirada, que ya procuraríamos entre todos quitarle. Tiempo al tiempo.

La tarde estuvo salpicada de momentos sensacionales. Lejos de hablar de su cautiverio, ambos hermanos se centraron en recordar muchos aspectos de su infancia y juventud con los que nos desternillamos de risa.

Lo mejor es que Elle los había conservado intactos en su memoria, igual que Brian. Incluso ella recordaba algunos detalles que él no.

—Siempre fue el mejor hermano del mundo—terminó diciendo—Desde niña me sentí muy protegida con él y a la vista está que la vida no me podría haber hecho un regalo mejor.

—Ni a mí tampoco, hermanita...

Eran la viva estampa de la felicidad y yo me sentía una privilegiada de poder compartir aquellos momentos con ellos. Antes de irme, le entregué a Elle la caja de bombones y su emoción se desbordó. El caso es que vi también con el cariño que me miró Brian en ese momento y rocé el cielo con las manos.

Me despedí de Elle que se quedó dentro de la casa. Brian salió conmigo al coche.

—No podía imaginar una tarde mejor. Gracias por estar con nosotros—me dio un beso apasionado—Y que sepas que echo mucho de menos dormir contigo. Solo es que ahora la

situación manda...

—Lo entiendo perfectamente. Te debes a Elle. Para mí ha sido también una tarde inolvidable. Soy yo quien os da las gracias...

No sé si volví a casa por la carretera o si al coche le salieron alas y fuimos volando. Solo sé que llegué en una nube.

Tan pronto llegué me eché a dormir. Ya no me costaba nada conciliar el sueño. Mi vida era lo más parecida a la perfección que hubiera podido imaginar.

Los rayos de la mañana volvieron a despertarme. Ese día era yo la que iba a darle una sorpresa.

Café en mano, llamé a mi madre y la puse al corriente de lo bien que lo habíamos pasado la tarde anterior.

—Hija, tu padre y yo ya queremos a Brian y eso que todavía no lo conocemos.

—Pues eso tiene fácil solución, ¿y si almorzamos todos?

—¿Lo dices en serio? Ya mismo me estás diciendo lo que preparamos.

—Lo dejo a vuestra elección, aunque él es mucho de pescado.

—¿Y su hermana? Porque ella también tiene que venir...

—Pues pescado para todos, mami...

Una hora después, mensaje matutino de Brian.

“Un domingo perfecto en el que nos hemos levantado sin planes. ¿No te parece que tenemos que remediarlo?”

“Me parece que sí y de hecho ya se me ocurre cómo. Mis padres desean conoceros a Elle y a ti. ¿Comida en su casa?”

Ni una centésima de segundo tardó en contestar.

“Hecho”

Fue un almuerzo sensacional en el que las risas, el buen rollo, las bromas y los momentos emotivos se sucedieron.

Se ve que el reloj se volvió loco porque, de un momento para otro, habían pasado varias horas, ¡no podía ser! Las seis de la tarde y tocaba retirada.

Brian me dejó en la puerta de mi dúplex, porque habíamos ido todos juntos en su coche a casa de mis padres.

Para mi sorpresa, se bajó conmigo y me dijo al oído algo inesperado:

—Ya no hacen falta mensajes con siglas. Te recojo a las nueve para ir al Gran Hotel.

—Es una broma, ¿verdad? Es domingo, mañana trabajamos, está Elle...

Déjate llevar Julie, a primera hora de la mañana estarás de vuelta en casa. Lo tengo todo controlado.

Si me hubiera hablado en chino lo hubiera entendido mejor. Estaba totalmente alucinada. Me apetecía a no poder más, pero aquella proposición era de lo más extraña.

Subía a casa y me di una ducha. Me fui al cajón de la lencería y escogí el más bonito y sexy de mis conjuntos de ropa interior. Si de algo no había duda es de que él deseaba pasar una noche de pasión conmigo y así sería.

El escogido era un precioso conjunto de lencería fina en rojo de *Victoria's Secret* con encajes y transparencias que harían sus delicias. Sobre él, un vestido también en rojo, pegado al cuerpo y con un detalle de bisutería fina incorporado en su cuello redondo que era una preciosidad. Los zapatos de tacón de aguja y el bolso, negros, le daban el toque final. Mis labios rojos eran ya todo un imprescindible.

—No entiendo nada, le dije riendo al subir al coche.

—Yo sí que no entiendo qué he podido hacer para tener tanta suerte. No digas nada más...

—Solo una cosa, ¿Elle?

—Esta noche se queda en casa de una antigua amiga con la que estaba deseando reencontrarse. Está feliz, mañana la recojo...

Él también venía sencillamente divino, con un traje de chaqueta negro y camisa también negra, sin corbata, con un toque desenfadado y moderno, perfecto.

—Habitación 313 por favor—ya estábamos en la recepción y un intenso escalofrío me recorrió al escuchar ese número.

Subimos y no podía creer lo que veían mis ojos. Un camino de pétalos rojos señalaba un recorrido hacia la cama, sobre la que había un romántico corazón también hecho con pétalos. En el centro del mismo, una cajita.

La tomó entre sus manos y la abrió. Mis ojos se salían de sus órbitas.

—No puedo esperar más para pedírtelo, Julie. Tenía que ser esta noche. Estoy loco por hacerlo desde el mismo momento que empecé a conocerte y entendí que eras la mujer de mi vida: ¿Quieres casarte conmigo?

—¡¡¡¡¡Sí, quiero!!!!!! —y creo que no solo se enteró él sino todos y cada uno de los clientes del hotel.

Emocionados, las lágrimas brotaban de nuestros ojos mientras nos empezábamos a besar. Sin dilación y, sobre aquel manto de pétalos, hicimos el amor con frenesí y con sentimiento.

Nuestras miradas penetrantes calaban en el alma del otro mientras nuestros cuerpos se fundían, convirtiéndonos en lo que habíamos sido desde el principio: un solo ser.

Fue una noche mágica. Después de hacerlo nos subieron una cena especial que compartimos entre risas, confidencias y mil y un proyectos, en la misma habitación en la que aquel Fin de Año había comenzado todo.

Por fin lo habíamos logrado. Nuestra vida en común arrancaba y con ella la culminación de un sueño.

Finalmente, volvimos a caer en la cama dando rienda suelta a nuestros deseos, a esos que sabíamos que estaban por encima de todo y de todos...Ya habíamos vencido cada uno de los obstáculos, ahora solo quedaba disfrutar el uno del otro y nosotros sabíamos muy bien cómo hacerlo.

Entre gemidos, jadeos y el contacto ardiente de nuestros cuerpos, quise perderme en los brazos del hombre de mi vida mientras repetía una y otra vez el más bonito de los nombres: Brian.

Epílogo

Un año después...

—Si no te estás quieta, te garantizo que no puedo terminar de abrocharte—reía Katy mientras yo ya veía mi reflejo, vestida de novia, frente al espejo de mi habitación en casa de mis padres.

—Tiene razón Katy. Estás hecha un manojo de nervios—Judith estaba también exultante mientras extendía la cola de mi maravilloso vestido—¡Y pobre de ti como te despeines! —te advierto que no estoy dispuesta a peinarte otra vez. ¡Me ha costado Dios y ayuda hacerte el semirrecogido! ¡No parabas de dar botes!

Ambas eran mis damas de honor y estaban conmigo desde primerísima hora de la mañana del día más importante de mi vida, en el que habíamos desayunado en compañía de mis padres.

Mi madre entró en el dormitorio.

—¡No puedo mirar! ¡No puedo mirar! Dios mío eres la novia más bonita del mundo, Julie. ¡Deja que tu padre te vea!

—Sí, sí, según es el padre con la niña, mejor le vamos dando una pastillita para los nervios—soltó Judith sin pensar, en su línea. Nos hartamos de reír todas.

Había elegido un precioso vestido de estilo bohemio, que era el que mejor se identificaba con mi manera de ser. Eso sí, su estilo rebosaba glamur y sutileza, con un tejido elástico en georgette y un estilo corte A que le otorgaba un toque atemporal y una caída elegante.

—Muero con ese escote barco—dijo Judith, a la que tanto le gustaba todo lo que tuviera que ver con la moda.

—Siempre tuve claro que era el escote que quería si me casaba alguna vez. Lo que no tenía nada de claro era que me fuera a casar—reí. La espalda al aire, con escote en V también me daba un toque sugerente que encandilaba.

No es por nada, pero toca ir marchando. Mi padre entró en ese momento colocándose bien la

chaqueta de su frac.

—¡Cielo santo! ¡No puede ser! Se nos ha colado una diva de Hollywood en el dormitorio. Estás deslumbrante, hija mía. Te imaginaba bonita, pero esto lo supera todo...

Salí de su brazo y nos dirigimos al precioso coche clásico que habíamos alquilado para la ocasión.

Mi padre venía conmigo detrás, mientras mi madre iba con el chófer en el asiento del copiloto. Mis damas de honor venían detrás en otro coche.

La llegada a Central Park fue mágica. Siempre tuve claro que Nueva York, el lugar más cosmopolita y chic del mundo, era el escenario perfecto para poder celebrar una boda espectacular. Y rápidamente se confirmaron todas mis sospechas.

En pleno pulmón de Nueva York, el *Conservatory Gardens* fue el lugar que Brian y yo escogimos para unir nuestras vidas. Un escenario de auténtico ensueño.

La ceremonia se presentaba cien por cien emotiva, con Elle y mi padre de emocionados madrina y padrino, respectivamente.

Brian estaba guapísimo, de frac y espectacular y, cuando llegué a su altura, no pude disimular sus nervios. También estaba como un flan.

Nos cogimos fuerte de las manos y me dijo al oído que la mía vestida de novia era la imagen más bonita que jamás había visto. ¡Me lo comía! No podíamos soltarnos.

El momento del “sí, quiero” fue increíble. Mis invitados me dijeron que el mío resonó con fuerza y contundencia, igual que sucedió cuando acepté, en la intimidad de la 313, la propuesta de matrimonio de Brian.

Mis damas de honor hicieron a la perfección su papel, así como Pol y los primos de Brian, que hicieron lo propio por la parte de él.

Estaba siendo una boda de cuento de hadas en un escenario idílico en el que predominaban la naturaleza y la tranquilidad pues, a pesar de que nuestros invitados eran muchos, deseábamos una

boda muy personal y carente de artificios.

El convite se celebraría en un lugar maravilloso: el edificio de cristal, entre las plantas y flores de aquel maravilloso jardín.

—¿Está todo a tu gusto, mi niña? —me cogió Brian por la cintura cuando íbamos camino de hacernos nuestro reportaje de fotos en aquel mismo escenario.

—No podría haber soñado un lugar mejor—le besé—gracias y mil veces gracias por ponérmelo todo tan fácil.

Y es que aquel lugar no estaba escogido al azar. Brian me dijo que él no tenía preferencia para la celebración y que deseaba que yo eligiera algún lugar que fuera especial para mí.

Aquel lo era porque muchos años atrás, iba allí con mis padres, dado que mi madre era tan aficionada a la jardinería y siempre lo había considerado un lugar incomparable. Un día le dije a mi madre que, si alguna vez me casaba, sería allí.

El momento reportaje fue alucinante. Lejos de posar, fuimos nosotros mismos. Comenzamos a pasear por aquel idílico entorno, bailamos, Brian me cogió en brazos, hicimos el payaso... Las fotos quedaron de lo más saladas y, sobre todo, naturales, que era lo que ambos deseábamos.

El almuerzo nos dejó sin palabras. Encargamos un catering que nos había recomendado Pol y que superó todas nuestras expectativas. Nuestros invitados estaban encantados. Aquello se convirtió en un ir y venir de platos, un auténtico carrusel de delicias y todos reían y charlaban animadamente.

El momento corte de tarta también fue especial y cien por cien divertido.

A esas alturas de la película yo ya estaba achispada. Brian se colocó detrás de mí y creo que se acercó más de lo conveniente. El caso es que me hizo un comentario en el oído sobre el culo que me hacía el vestido, al que habíamos quitado la cola para la celebración. Yo me eché a reír con ganas.

De resultas de aquella, se me fue el cuerpo hacia delante y terminé con toda la nariz metida en la tarta. Nuestros invitados, muertos de risa, inmortalizaron el momento y por encima de todos

resonó la voz de Katy que chilló: ¡Vas para el Facebook, un millón de *likes* te van a dar!

Y fuimos los dos porque, al darme la vuelta, y con la nariz llena de trufa, Brian me dio un lametón que volvió a sacar la risa de todos los nuestros.

Lo estábamos pasando de escándalo. El momento entrega de ramo fue también muy emotivo porque hice algo que me salió del alma, dado que no se lo había comentado a nadie.

“¡Elle, ven para acá!” —grité cuando todos estaban preparados para el lanzamiento.

“¿Yo?”

“Sí, preciosa. Este ramo tiene nombre y casualmente es el mismo que el tuyo.”

Ella se acercó emocionadísima. No lo esperaba para nada y la ilusión inundaba sus ojos.

Quise decir unas palabras.

“Elle, solo hace un año que te conozco, pero no me equivoco si digo que, en este tiempo, más que cuñadas nos hemos convertido en hermanas. Eres esa hermana que nunca tuve y que siempre deseé. Junto con Brian, hemos vivido momentos muy emotivos. Tú siempre vas a estar con nosotros. Ya sabes que formamos un gran equipo, por eso quiero hacerte entrega de mi ramo”.

Nos dimos un beso y ella se fue feliz como una perdiz. Mi querida cuñada se había recuperado casi milagrosamente. En ese año nos había demostrado de qué pasta estaba hecha y se había restablecido muchísimo mejor de lo que esperábamos.

Tanto es así que, seis meses después de su liberación, ya se había comprado su propio apartamento, que yo le ayudé a decorar con mimo, aunque nos visitaba con mucha frecuencia. ¡Si hasta estaba pensando en acabar su carrera!

El caso es que yo además le había dado el ramo, como un símbolo fraternal, pero también con mi sal y mi pimienta.

—No tengo palabras para decirte lo mucho que me ha gustado tu gesto de entregarle el ramo a mi hermana—Brian volvió a cogerme por la cintura.

—¡Alto ahí! ¿Qué es eso de tu hermana? ¡Querrás decir nuestra hermana! —provoqué su risa
—¿O es que estás sordo y no has escuchado lo que he dicho?

—No estoy sordo. Estoy loco, loco de remate por ti—me besó.

—Además, que me da a mí que lo del ramo le va a venir de perilla. Yo te digo que entre estos dos se está cociendo algo—señalé al lugar donde estaban Elle y Pol charlando animadamente.

—¿Tú crees? ¡No podrían darme mayor alegría!

—Pues ve preparándote porque me de en la nariz que aquí va a haber tema, pero tema.

El comienzo del baile nupcial no fue lo que podríamos calificar como convencional, pero era de esperar. Brian y yo tampoco lo éramos.

“*Always*” de Bon Jovi fue la balada que elegimos para inaugurar nuestro matrimonio, un baile acaramelado durante el cual mi guapísimo marido y yo nos acariciamos el alma, entre los aplausos y vítores de nuestros invitados.

A esa balada rockera, siguieron otras muchas y a ellas, música de todos los estilos, pues nos habíamos preocupado de tener en cuenta los diferentes gustos de nuestros invitados.

—Me da a mí que al final ni tú ni yo nos comemos un rosco con Pol—se decían la una a la otra, Judith y Katy, un tanto perjudicadas por las copillas y muertas de risa.

—Sí, yo creo que ya lo han fichado—miré la escena de Elle y él bailando cada vez más cerquita.

—Pues yo algo me tengo que comer hoy—Katy iba un poquillo más cargada todavía que Judith.

—Yo te diría que, los primos de Brian, no es por nada, pero tampoco tienen desperdicio —se los señalé y allá que fueron las dos loquillas a por ellos.

Estuvimos bailando, saltando y brincando todos hasta reventar. Yo, por supuesto, me había

quitado los tacones y colocado unas cuñas altas de esparto blancas, que me permitieran disfrutar del día a mi antojo.

Al día siguiente, partíamos para Egipto. Por fin iba a hacer realidad mi sueño de poner los pies allí y con la mejor compañía del mundo. Katy nos ofreció la posibilidad de ir a su resort en República, aunque ella no estuviera en esa época y yo le dije entre carcajadas que mejor en otra ocasión, que allí las lunas de miel eran muy peligrosas.

Después del viaje. nos instalaríamos en casa de Brian, que reunía más condiciones que la mía y a la que ya le habíamos habilitado una zona para que yo trabajara cómoda.

En cuanto a mi dúplex, también lo conservaría. No quería desprenderme de él. Era el símbolo de mi esfuerzo, materializado en una casa que al principio comencé pagando con tanto sacrificio como ilusión.

El final de nuestro convite de boda estuvo marcado por la que era nuestra canción “*Show must go on*” que Brian y yo cantamos a voz en grito, con todos nuestros amigos haciéndonos los coros.

Nos quedamos los últimos y fuimos despidiendo a nuestros invitados, agradeciéndoles su contribución a hacer de aquel el mejor día de nuestras vidas.

Una vez nos quedamos solos, nos quitamos los zapatos y dimos un paseo por aquel bucólico lugar, entre besos, arrumacos, abrazos y caricias.

La felicidad se apoderó de mí y de un salto me subí encima de Brian que me cogió en brazos. No tuvimos reparos en chillar allí mismo lo mucho que nos queríamos, haciendo que la brisa transportara nuestras palabras tan lejos como pudiera.

Nos encaminamos al coche, que nos llevaría, como no podría ser de otra manera, a la habitación 313 del Gran Hotel.

